

Bagatela. El secreto de un viejo piano

(48 primeras páginas)

Para Elisa el día avanzaba entre sensaciones opuestas. Se veía asaltada por un enjambre de recuerdos que no le hubiera importado dejar también atrás, pero que, sin embargo, ella misma había ido colocando cuidadosamente en todas aquellas cajas de cartón que ahora la rodeaban y que se esparcían por el suelo de parqué y sobre los pocos muebles que había en el piso. Su nuevo espacio vital. Se sentía agobiada, llena de trabajo, y también percibía un hueco enorme en el pecho. Por delante tenía la inmensa tarea de hacer que toda aquella locura y desbarajuste ocupase su sitio justo, el correcto para que su vida volviese a parecer, o al menos simular, una vida normal. Como la que había tenido, o creía haber tenido, hasta hacía apenas un año.

Por fin, Elisa estaba dando un paso importante para erradicar en lo posible el recuerdo de los últimos 337 días.

Estrenar un piso, aunque sea de alquiler y de segunda mano, siempre es motivo para el optimismo, se decía. Es como empezar una nueva etapa en la vida y eso regenera por dentro. Ilusiona.

Sí, ilusión es lo que ella necesitaba. Y mientras apilaba libros en el suelo a falta de estantería, se la imaginaba ya instalada, en la pared, junto a su mesa de trabajo con su Mac, y un poco más allá el sofá, sin televisión en el salón, pero sí en la habitación, una muy grande, y la verían juntas, y se quedarían dormidas muy juntas y abrazadas.

—¿Dónde pongo todo esto, mami?

—Deja la caja en el suelo del cuarto de baño. Tendremos que comprar un armarito de esos con espejo.

Roxy tenía 13 años y viviría con ella hasta la mayoría de edad. Así lo habían acordado Marcos y Elisa. No habían discutido. Ambos habían cedido a lo que obliga la Ley y a los consejos del abogado, el mismo para ambos. Lo importante es Roxy. Marcos la vendría a buscar cada dos semanas para pasar con ella desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la noche, así como la mitad de las

vacaciones de verano, de Navidad y de Semana Santa. También le pasaría a Elisa una cantidad mensual para la manutención de Roxy. Y cuando cumpla 18 podrá elegir con cuál de los dos vivir. Todo acordado y bien atado. Todo en orden.

A Elisa, el orden en su vida, se le había ido yendo entre los dedos como arena de playa, hasta quedar tan solo algunos granos, los últimos justo antes de cerrar el puño y decir basta. Y recordaba con exactitud el momento, cuando empezó todo, y también las palabras precisas que Marcos pronunció aquella noche, después de hacer el amor y todavía desnudos sobre la cama:

—Elisa, perdona cariño, no será nada, pero he notado una dureza en tu pecho izquierdo. Como un bultito. Supongo que será algo normal, ¿no? Mira, aquí.

Sí. En ese maldito instante todo empezó a romperse. Incluso el amor que sentía hacia él. Poco a poco su marido se le fue desenredando del corazón hasta desprenderse y caer. Sí, es verdad, la acompañó y apoyó en el duro e ingrato proceso del tratamiento con radio y quimio, pero cuando hubo que operar, la distancia entre ellos aumentó hasta la separación. Tan amistosa como definitiva. Se repartieron todo lo acumulado en común durante 15 años, incluyendo el valor de la casa vendida, lo que le permitió a Elisa emprender con cierta tranquilidad económica su nueva y desconocida condición de mujer separada.

Elisa decidió buscar un piso céntrico en Madrid. Cuanto más lejos de la urbanización de Majadahonda, donde había vivido con Marcos y Roxy los últimos 8 años, más fácil, imaginó, le resultaría olvidar y afrontar su nueva vida. Además, estaría cerca de sus padres, María y Eugenio, que tanto habían sufrido por ella desde el principio de su enfermedad. Y que tanto la querían.

—Abro yo, mami —dijo Roxy, dando un salto hacia la puerta al escuchar el desagradable sonido del portero automático—. ¿Quién es? ¡Hola abuela! Te abro. ¡Es la abuela!

—Sí, ya te he oído —murmuró Elisa, mientras revisaba el orden de unas carpetas con papeles de trabajo que estaba colocando en el archivador, bajo su viejo y amplio escritorio.

Pasados unos minutos volvió a sonar el mismo extraño ruido y Roxy, ahora sí, abrió la puerta del piso a su abuela.

—¿Cómo va esa mudanza? —preguntó María, con cierta musicalidad en la voz.

—Poco a poco, mamá. Esto es una locura —le respondió Elisa, sin moverse del sitio.

—Si nos echas una mano —le dijo Roxy a su abuela materna, plantándole un sonoro beso en la mejilla— acabaremos antes.

—Uy, yo ya no estoy para estos líos —se escabulló María—. Solo he venido para ver si estáis bien y preguntaros si queréis que os traiga alguna cosa del mercado, que voy a hacer la compra.

Era normal que María se preocupase por su hija. Ella y Eugenio lo habían pasado muy mal. Su pequeña Elisa se había visto inmersa en una serie de dramáticas circunstancias que jamás habían imaginado para su única y querida hija. Pero, aunque estaban seguros de que saldría adelante, de que habían hecho bien su trabajo de padres, de que habían tenido la gran suerte de tener una hija inteligente, capaz, valiente y responsable, a pesar de todo ello, no podían evitar preocuparse y estar atentos a todo lo que Elisa pudiera necesitar para anticiparse y ofrecérselo. Esto lo pensaban y sentían ambos, pero solo María lo manifestaba, como con aquella visita no prevista.

—Mamá, —empezó a decir Elisa, acercándose, por fin, a su madre— no te tomes a mal lo que te voy a decir, pero el hecho de que vivamos cerca no implica que nos tengas que hacer la compra a diario.

Le dio un beso e, imprimiendo en su voz todo el cariño que pudo reunir, añadió:

—Os quiero mucho, mamá. A ti y a papá. Vosotros seréis los primeros a quiénes avise cuando tenga el piso en condiciones y os invitaré a una cena para inaugurarlo. Te lo prometo.

—Bueno, hija. Si lo entiendo, pero si te podemos ayudar en algo me lo dices. ¿De acuerdo?

—Lo haré. No te preocupes, mamá.

—Bueno, me voy entonces.

—¿Me puedo ir contigo, abuela? —Roxy vio la oportunidad para huir del caos y se lanzó a intentarlo— ¿Puedo, mami?

Elisa dudó, había mucho que hacer.

—¡Así empiezo a conocer el barrio! Porfa, mami —añadió Roxy.

—Bueno, está bien, pero entonces te doy dinero y traes una *pizza* — concedió Elisa, con una sonrisa.

—Cojo la cazadora y nos vamos, abuela. ¿De qué la quieres, mami? A mí me gustan todas, ya sabes —iba diciendo Roxy, desde el fondo del pequeño piso.

—Por fin te veo sonreír, hija —se alegró María, acercándose a Elisa para darle un beso—. No te preocupes que te la devuelvo enseguida. Sana y salva.

Cuando se quedó sola se dejó caer en su silla giratoria de trabajo, la única que había libre en el salón, y se quedó observando el espacio que la rodeaba. Lentamente, se giró para mirar por el amplio ventanal. Como era un primer piso, a través de los cristales solo se veía la vegetación de los árboles, las plantas y el seto de aligustre que rodeaba los tres grandes bloques de la urbanización. Le gustaban las vistas. Verdes y bucólicas. Era un lugar tranquilo, inmerso en pleno Madrid, ideal para trabajar. Pero había algo que, aunque necesario por razones de seguridad al ser un primer piso, no le gustaba en absoluto. Un detalle que le había hecho dudar desde el principio y hasta el último momento, antes de firmar el contrato de alquiler. Solo el desaforado entusiasmo de Roxy la había convencido y empujado a hacerlo. Y ese algo no era otra cosa que las rejas del ventanal del salón y del resto de las ventanas de la casa.

Sólo espero que este piso no se me convierta en una cárcel, dijo para sí.

Luego se puso de nuevo manos a la obra. Tengo que ir a IKEA, pensaba. Y mientras decidía que el sábado sería un buen día para ir de compras, juntas, madre e hija, no pudo evitar que saltase una lágrima a su mejilla.

Unas semanas después, Elisa y su hija ya estaban cómodamente instaladas en su *piso de solteras*, como lo llamaba con humor la pequeña Roxy. El lado serio y responsable del cerebro de Elisa no asumía la broma, pero no podía evitar una sonrisa cuando su hija lo definía así e, inmediatamente después, la miraba para ver qué cara ponía. Había tal brillo en sus ojos que era incapaz de reprenderla.

Y, al fin y al cabo, se justificaba, ¿no es verdad que las dos estamos solteras?

Roxy ya estaba yendo al instituto. Elisa había conseguido, no sin un poco de ayuda por parte de un profesor amigo de una amiga, que la admitiesen a mitad de curso en el Beatriz Galindo, en Claudio Coello con Goya. Solo tenía que salir a Alcalá y coger el 21. Y al regreso lo mismo. En veinte minutos estaba en casa y comían juntas. Luego estudiaba un poco, trasteaba con su portátil y, al atardecer, salían las dos a dar un paseo por las animadas calles que confluyen en Manuel Becerra. A Elisa le preocupaba la adaptación de su hija a su nueva vida, pero, mucho más, la posibilidad de que empezase a echar de menos la privilegiada forma de vida que había llevado hasta entonces: una casa grande, una urbanización bonita y con todo, el centro comercial muy cerca, su pandilla de amigas, la piscina, la hípica, los profesores que la conocían desde pequeña y la adoraban... Pero Roxy parecía haber afrontado todo lo ocurrido con una gran entereza; con un ánimo sorprendente para su corta edad que, en muchas ocasiones, había servido de potente motor para empujar a su madre hacia adelante.

La enfermedad, el divorcio, la venta de la casa, la separación de su padre, la mudanza... Elisa se sentía muy orgullosa de su hija, pero presentía que un día u otro, Roxy aflojaría. La novedad se convertiría en rutina y podría llegar a sentir su propio vacío. Y ella tenía que estar allí, alerta, para llenárselo enseguida.

—El próximo sábado podrías celebrar tú, tu propia fiesta de inauguración—le dijo Elisa a su hija, mientras saboreaban los caprichosos platos preparados que había comprado en el Mallorca de Serrano para la comida especial de aquel domingo con sus padres—. Puedes invitar a tus nuevas amigas del instituto y... —hizo una pausa intentando crear cierto misterio— también a Carol, Marta y Naiara! ¿Qué te parece?

—¡Me parece genial, mami! —de la euforia pasó a la desilusión— Pero, ¿quién las traería y las llevaría de vuelta? Con sus padres es muy difícil contar.

—Podemos ir en tren a recogerlas el sábado por la tarde, que duerman aquí, y por la mañana las acompañamos de regreso a Majadahonda.

—Te tienes que comprar un coche, Elisa —intervino Eugenio, su padre.

—Y también un colchón de esos hinchables enormes que se inflan solos —añadió Roxy, calculando mentalmente cómo dormirían sus amigas.

—Es verdad, hija —apostilló María—. Tienes una plaza de garaje que viene con el piso.

—Todo se andará —contestó ella, sin dejar de mirar la porción de ensalada César que se estaba sirviendo en su plato—. De momento estoy muy a gusto sin coche.

—Pero así podríais, Roxy y tú, hacer alguna escapada de vez en cuando —argumentó su madre, en un vano intento por convencerla.

—O para cualquier urgencia —añadió Eugenio, secamente y, también, como Elisa, sin levantar la mirada de su plato.

Se produjo un corto, aunque notable silencio que, por fin, fue destruido en mil añicos por la voz alegre y vivaracha de Roxy, cuando presentó, con decisión, la conclusión a la que había llegado.

—Pues creo que, si yo duermo contigo, una vez más —aquí introdujo Roxy un par de risitas—, con la cama nido de mi habitación y la colchoneta de la playa, nos apañamos.

—¿Cuándo tienes revisión, hija? —preguntó, inesperadamente, Eugenio, ignorando lo que decía su nieta y, ahora sí, mirando directamente a Elisa.

Eugenio no acababa de entender el cambio tan radical que su hija había dado a su vida. Consideraba a su, ahora ex yerno, Marcos, un excelente compañero para Elisa. Sobre todo, buen chico, además de educado, inteligente, con un buen trabajo... Y, por descontado, un padre excepcional. Él, Eugenio, había asumido y sufrido lo indecible, casi siempre en silencio, con el maldito cáncer que había intentado llevarse a su hija y ahora creía, con verdadera convicción, que el cariño y la fuerza que todos, incluido Marcos, habían transmitido a Elisa en todo ese largo y duro proceso, había contribuido en gran medida a su curación. ¿Por qué, entonces, había dejado Elisa de querer a Marcos? No lo entendía y tampoco lo terminaba de asumir.

—En junio —contestó, lacónicamente, Elisa, a la pregunta de su padre.

—Esta urbanización está muy bien —cambió de asunto María, intentando llevar la conversación hacia terrenos menos ásperos —y el sitio, estupendo.

—La verdad es que sí —reconoció Elisa, tratando de recuperar el buen humor con el que empezó la comida—. Lo tenemos todo a mano y la calle es muy tranquila. Apenas pasan coches. Yo estoy encantada, la verdad.

—¡Qué bien!, porque, hija, donde vivimos nosotros el tráfico que hay es horroroso. Si no fuese por las dobles ventanas no podríamos pegar ojo por las noches.

—Pues aquí —continuó Elisa—, si no fuese por un vecino o vecina que le da por tocar el piano en plena noche, dormiríamos del tirón.

—Yo no he oído nada—intervino Roxy, extrañada.

—Tú es que duermes como un lirón —dijo, divertida, Elisa, chocándose hombro con hombro con su hija—, pero, si quieres, no te preocupes que ya te despertaré cuando lo oiga.

—Ni se te ocurra —advirtió Roxy a su madre, levantando su dedo índice.

—Bueno, estoy exagerando —reconoció Elisa—. Sólo he oído al pianista un par de veces. Y, la verdad, ni me molesta ni me despierta. Es que no duermo muy bien desde el hospital.

Unos nuevos segundos de silencio revolotearon sobre el viejo escritorio de Elisa, reconvertido esa noche en mesa de comedor para la ocasión.

—Roxy, ¿sabías que por aquí cerca vivieron los papás del *yayo* Juan? —comentó Eugenio, inesperadamente para asombro de Elisa, ya que en contadísimas ocasiones había oído hablar a su padre de sus abuelos— Rosa y José, se llamaban —añadió.

—O sea que Rosa y José fueron mis... ¡tatarabuelos! —dedujo Roxy.

—Eso es —le confirmó Eugenio.

—¡Mi madre! —exclamó Roxy, al tiempo que Elisa la miraba de reojo— ¿Y cuánto hace de eso, abuelo?

—Millones de años, preciosa —dijo él, con cierta nostalgia en su voz.

—¿Y en qué calle vivían? —se interesó Elisa.

—No lo recuerdo exactamente —reconoció Eugenio, mientras se limpiaba la comisura de sus labios con la servilleta y la dejaba perfectamente doblada sobre el mantel, junto a su plato vacío—. Yo era muy pequeño cuando me traían los *yayos* a verles. Pero recuerdo que tu tío Jaime y yo nos metíamos a jugar debajo

del piano de tu bisabuela. Que, al parecer, lo tocaba muy bien. Era en una calle de por aquí. Podría ser en esta misma, Marqués de Mondéjar, aunque no sabría decírtelo con seguridad.

—¡Qué casualidad! —comentó Elisa, pensativa.

Su intuición le decía que su padre conocía perfectamente la respuesta. Y, muy probablemente, su supuesta ignorancia se debía a que, sin pretenderlo, se había acercado demasiado al rincón oscuro de la familia. Algo que Eugenio parecía querer ocultar y olvidar: el hecho y el recuerdo de que su abuela Rosa fue funcionaria de prisiones y vivió y trabajó en la Cárcel de Ventas. Elisa lo sabía, pero desde que tenía memoria había respetado el silencio de su padre sobre el tema. Y el silencio es un buen brebaje para olvidar.

—¡Ale!, estaba todo buenísimo —dijo María, levantando su vaso de vino tinto—, pero ahora habrá que brindar. Digo yo. ¿No?

Levantaron sus copas.

—Por ti, hija mía —se decidió a pronunciar Eugenio, con voz seria y mucho cariño en sus ojos—. Que todo te vaya bien a partir de ahora y que seas muy feliz.

—¿Y por mi felicidad nadie brinda o qué? —protestó Roxy, exhibiendo su vaso con Aquarius de limón—. ¡Que yo también vivo aquí!

—¡Claro que sí! Venga, por la felicidad de las dos —exclamó María, volviendo a levantar su copa.

—Y por vuestra nueva casa —añadió Eugenio, chocando la suya con el vaso de su nieta.

—¡Eso, por nuestro chulísimo *piso de solteras!* —exclamó Roxy, con entusiasmo.

Y el salón se llenó de risas.

Elisa había retomado su trabajo *freelance* como correctora de estilo y traductora de inglés. Le dedicaba un estricto horario de ocho horas al día ya que había podido comprobar, por propia experiencia, que trabajar en casa es una trampa.

Parece muy cómodo *a priori*, solía recordarse a sí misma, pero como no los controles se te va de las manos y el tiempo de trabajo se estira innecesariamente.

Su principal cliente era una importante editorial madrileña, aunque ocasionalmente recibía encargos de otras firmas editoriales, sobre todo de Barcelona y Galicia, y de varias empresas de traducción. Aquella tarde, como todas, a las siete en punto apagó el ordenador y le propuso a Roxy salir a dar un paseo y hacer alguna compra para reponer la nevera. Pero por primera vez Roxy le dijo que no; que tenía un examen de Lengua al día siguiente y muchos temas que repasar. Elisa no insistió.

Hacía buen tiempo y cada día anoecía más tarde, efecto que Elisa agradecía con entusiasmo al reciente cambio de horario. Salió de su urbanización hacia la izquierda, doblo por Rufino Blanco a la derecha y salió a la calle Alcalá. Siempre le sorprendía el intenso tráfico, tanto de coches como de personas, pero no le agobiaba. El aire que la rodeaba ahora no era tan limpio como el de su vida anterior. Lo notaba en la garganta, pero no le importaba. Íntimamente se sentía mucho más viva que antes. Los miedos, dudas e inseguridades que desde muy joven la habían acompañado, ahora parecían desvanecerse entre la multitud y desintegrarse en el aire urbano al mezclarse con bocinas, gritos, motores y conversaciones. ¡Y también sirenas! Súbitamente elevó el volumen de sus pensamientos al pasar junto a la base de bomberos que hay en la esquina con Alcalá, justo en el momento en el que salía dando alaridos y a toda velocidad un camión rojo y brillante desprendiendo destellos. El tráfico se detuvo y el camión se alejó hacia el centro llevándose consigo el estrépito de su sirena, mientras que los demás vehículos se apartaban a su paso, como si sus conductores tuviesen aprendida una extraña coreografía.

No le había dado miedo dejar sola a Roxy. Le habían convencido sus explicaciones. O casi. Probablemente repasaría Lengua un rato, pero no tardaría en ponerse a *wasapear* con sus amigas.

Me parece muy bien, hija, le había dicho. Pero no abras la puerta a nadie, había añadido. Sólo a ti, mami, le había contestado ella. Exactamente lo que Elisa quería oír.

Cruzó la calle y entró en el parque de Eva Duarte. Allí recordaba haber ido de pequeña con su madre. Y allí había jugado con el cubo y la pala con otras niñas y niños que ahora nunca reconocería. Sus padres vivían en la acera de enfrente de

Francisco Silvela, un poco más allá del parque. Se sentó en un banco de piedra y pensó en ellos. Su madre, siempre poniendo al mal tiempo buena cara, siempre sonriente, siempre cariñosa, siempre fuerte. Su padre, siempre aparte, siempre crítico, siempre exigente, pero siempre queriéndola. Lo sentía así. O eso deseaba Elisa pensar y creer.

Observó a una pareja de jovencitos que se sentó en otro banco, un poco más allá. Se besaron y la chica encendió un cigarrillo que fumaron entre los dos. Una chupada uno, luego el otro. No era droga. Sólo un Marlboro. Lo olía. Había fumado el último justo antes de entrar en el hospital aquel día; el primer día de los últimos 368.

Más tarde, mientras se metía en la cama, recordó a la pareja del cigarrillo, pero no por el aromático humo sino por el amor que desprendían. En aquella chica se veía ella a su edad. Enamorada. La gran diferencia era que Marcos nunca había fumado.

—¿Qué vemos hoy, mami?! —le preguntó Roxy, mientras cogía el mando del televisor, daba un salto y se arrebujaba a su lado— ¿Un capítulo de *Sense8*?

—Vale. Venga, ponlo.

—Pero no te quedes dormida —le advirtió Roxy a su madre—. Últimamente, te tengo que contar el final de todo lo que vemos.

—Pero a mí me gusta que me cuentes tú los finales —le respondió Elisa, burlona—. Y también que me los expliques. Lo haces estupendamente.

—Pero no es lo mismo, mami —protestó la hija.

—No te preocupes que a mí no me importa perdermelos. ¡Me encanta dejarme llevar! Anda, ven aquí. —le pasó el brazo por su espalda y la abrazó.

—Eres una dormilona —sentenció Roxy, mientras toqueteaba los botones del mando a distancia, en busca del capítulo que le interesaba.

—Pues anda que tú. No te duermes viendo la serie, no, pero por qué será que siempre soy yo quien tiene que apagar la tele y la lámpara de tu lado. Además de arroparte y rebuscar el mando entre las sábanas. ¡Y tú sin enterarte!

—Chssssss, mami —la hizo callar Roxy, pulsando el *play*—, que va a empezar.

—¿Me das un besito de buenas noches, por si me duermo?

Efectivamente, el televisor seguía encendido. La iluminación de la pantalla proporcionaba al dormitorio un velo blanquecino que competía poderosamente con la tenue luz de la pequeña lámpara que había sobre la mesita, junto a la cama, en el lado donde Roxy dormía profundamente. La imagen fija mostraba en silencio el menú de series de Netflix. Su impulso habitual la lanzó en busca del mando a distancia, pero enseguida se detuvo. Unas notas lejanas definían una delicada melodía que atravesaba con nitidez las paredes y penetraba en sus sentidos como en un sueño. Miró el reloj.

A la una y veinte de la madrugada no son horas, pensó Elisa.

Encontró el mando y apagó el televisor. Luego se inclinó sobre Roxy y la observó unos segundos antes de darle un suave beso en la frente y apagar su lamparita.

Ojalá no creciese nunca, deseó con todas sus fuerzas.

Elisa intentó ignorar la melodía. Cerró los ojos tratando de recuperar el sueño, pero algo le decía que iba a ser inútil mientras que aquel piano continuase sonando. Tendría que hablar con ese vecino. Pero, ¿cómo saber quién era? Preguntaría a los de su rellano. Llegaría hasta el administrador o el presidente de la comunidad de vecinos si fuese necesario. Empezó a seguir las notas y a dejarse llevar por la melodía.

Como quien cuenta ovejas para dormir, pensó, creyendo que así habría suerte y se dormiría.

Pero sucedió lo contrario. Aunque nunca le había interesado especialmente la música clásica, el tema en cuestión le resultaba familiar. Y no parecía tener fin. Una y otra vez las notas iban y venían en lenta cadencia, como las olas en la playa, como las mareas, como los días y las noches, como los ciclos lunares. Era demasiado tarde para salir a buscar el origen de aquel piano, porque, sí, de eso sí estaba segura, el instrumento en cuestión era un piano.

¡Maldito piano!

Por fin, el pianista puso término lánguidamente a su concierto nocturno y Elisa se sumió en un sueño inquieto.

A la mañana siguiente, mirándose al espejo, Elisa se propuso descubrir al responsable de sus ojeras y, después de despedir a su hija y desearle un buen día en el instituto, se puso unos vaqueros y una gruesa sudadera XL, cogió la llave de casa y, sin cerrar la suya del todo, llamó al timbre de la puerta contigua. Todavía no eran las nueve de la mañana. Percibió el roce de unas zapatillas acercándose que se detuvieron unos instantes al otro lado de la puerta y supo que la observaban a través de la mirilla. Enseguida se abrió tras el giro de varias vueltas de llave.

—Hola —dijo Elisa, esforzándose por ser agradable—. Soy Elisa, su nueva vecina. Me he mudado hace poco.

Tras el umbral de la puerta la observaba un hombre de unos 60 años, sin afeitarse, con pantalón de chándal gris, zapatillas de playa y una camiseta roja con la concha del Camino de Santiago. Del fondo del piso llegaban las voces de los típicos tertulianos de alguna emisora de radio.

—Buenos días, encantado —dijo el hombre.

—Perdone que le moleste tan temprano, pero quería preguntarle sobre un asunto que me preocupa —se detuvo un segundo y añadió—: relacionado con el edificio.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar? —se ofreció, solícito.

—A lo mejor le parece una tontería o usted no lo oye, pero... —a Elisa le resultó extrañamente complicado llegar a expresar el motivo que la había empujado a estar allí, plantada delante de su vecino.

—¿Pero? —la ayudó él.

—Oigo por las noches como si alguien tocara el piano —dijo, por fin.

El hombre frunció el ceño, extrañado.

—Suenan lejano, no muy alto —añadió, nerviosa, Elisa—. Yo creo que no es un vecino de este rellano, pero... ¿usted no lo oye?

—Pues la verdad es que no.

—¿No?

—No —repitió el hombre. Y, a la vista de la desolación que expresaba el rostro de su nueva vecina, rebuscó en su memoria algún hecho parecido del pasado para dar continuidad a la conversación—. Hace tiempo tuvimos un vecino en el segundo que le gustaba el *rock* o el *heavy* o, bueno, ya me entiendes, música

electrónica o algo así, y lo ponía a todo volumen. Pero se mudó a un pareado en Torreldones.

—¿En serio que no ha oído nunca un piano? —preguntó Elisa, extrañada.

—Lo siento, pero no —ratificó él.

—Bueno, pues... gracias. Y... encantada.

—Si necesitas cualquier otra cosa —dijo el vecino con amabilidad y, con un cierto toque de humor, añadió—: Menos instrumentos musicales tengo de todo: sal, huevos, café... Ya sabes, esas cosas que se suelen intercambiar los vecinos.

Elisa sonrió a pesar del desconcierto en el que se sentía inmersa.

—Disculpe que...

—Tutéame, por favor —le interrumpió él.

—Disculpa entonces —continuó Elisa—. Sobre todo, que te haya molestado tan temprano. Es que quería intentarlo antes de que os fueseis a trabajar todos los del rellano.

—Yo trabajo en casa —le dijo el hombre.

—¡Ah, yo también! —exclamó Elisa, empezando a sentirse más relajada.

—A los otros dos vecinos de aquel lado ya no los encuentras. Se van muy temprano. Prueba esta noche. Aunque, ya te digo que, si hubiese un piano sonando de madrugada, ya habría trascendido. En esta urbanización esas cosas no se dejan pasar. Las normas son muy estrictas y la presidenta de la comunidad las hace cumplir.

—¿Y dónde vive la presidenta?

—En el bloque C, pero no sabría decirte el piso. El conserje o el jardinero te lo pueden decir.

—Bueno, pues muchas gracias...

—Álvaro.

—Encantada Álvaro. Espero que la próxima vez que llame a tu puerta sea para pedirte un poco de azúcar.

—Para lo que quieras Elisa.

—Gracias de nuevo.

—Que tengas un buen día.

Elisa conectó su ordenador, buscó la carpeta que contenía los archivos del trabajo de traducción que tenía en curso y se puso en marcha. Debía entregar aquel documento el lunes y era consciente de que tendría que dedicarle algunas horas el fin de semana. Normalmente escuchaba música mientras trabajaba. *Jazz*, *blues* y, a veces, pocas, cantautores o algo de *pop*, pero siempre a muy bajo volumen. En realidad, apenas se daba cuenta de qué música sonaba debido a la gran concentración que requería su trabajo. Como tampoco era consciente de lo deprisa que se le consumía el tiempo.

Aquella noche, Elisa se despertó con la necesidad de ir al baño. Como ella dormía en el lado de la cama que estaba junto a la puerta del cuarto de baño del dormitorio, solo tuvo que levantarse y dar tres pasos. Roxy dormía plácidamente, como siempre. A tientas entornó la puerta, entró y encendió la luz del espejo. En ese preciso instante el piano comenzó a sonar. Las mismas notas. No le sorprendió descubrir que aquella lejana melodía provenía del interior del espejo. Su mirada se dirigió hacia él. Sí le extrañó, sin embargo, no ver su imagen reflejada, pero lo que veía, por alguna incomprensible razón, tampoco le resultaba fuera de lugar. Elisa penetró en el espejo y comenzó a avanzar entre otras miradas. Miradas oscuras, sin brillo. Ausentes algunas. Otras terribles, llenas de odio. Pero, en todas, Elisa veía el miedo absoluto. Un paso. Otro. Con cuidado. El suelo sucio y roto no dejaba espacio para un caminar firme. Colchones enrollados, petates mugrientos, maletas desarmadas, hatillos de trapos, cacharros de estaño y de hojalata, botijos vacíos... Y mujeres. Cientos de mujeres apiñadas llenaban un inmundo y oscuro espacio. Vestían ropas raídas, remiendo sobre remiendo, prendas hechas con trozos de manta y tela de colchón. Rostros de todas las edades, pero todos pálidos, de pómulos marcados por el hambre y ajados por la ausencia de salud y de sol. Y todas la observan a ella en un silencio sepulcral, sólo roto por las lejanas notas de piano que irónicamente adornaban su terrible paseo por aquella especie de sótano del infierno.

Elisa continúa su avance. Casi está llegando al fondo del túnel de su espejo. Ya está a punto de llegar a la reja que hay al final. Sabe que en su cintura lleva

colgado un pesado manojito de llaves. Y, entre ellas, la llave que abre la puerta de esa reja. Unos pocos pasos más y podrá salir de allí. No mirará atrás, decide. Pero, en ese instante final, una mano fuerte se posa en su hombro y...

—Mami, ¿qué te pasa? Vamos, despierta —Roxy, con su pequeña mano, agitaba el hombro de su madre para despertarla de lo que creía era una desagradable pesadilla.

Era sábado. Muy temprano. Roxy dormía y Elisa decidió empezar el día pronto; el lunes tenía que entregar el trabajo comprometido y no sabía exactamente la dificultad que entrañaban las últimas páginas y el tiempo que aún tendría que dedicarle. Sólo orinó, se lavó las manos y se quitó las legañas mojándose un poco la cara. Apenas se miró en el espejo. Salió al salón y se sentó ante su ordenador. Tras la pantalla, la ventana con sus rejas y, enmarcado en ella, el verde de las plantas del jardín exterior recibiendo todavía la velada luz del amanecer. Apareció la manzana mordida y enseguida su fondo de pantalla: una foto de Roxy cuando todavía era un bebé. A continuación, surgió un desordenado mosaico formado por cientos de carpetas azules que instantáneamente cubrieron por entero la foto de su hija. Tengo que hacer limpieza, se dijo. Allí, además de las carpetas con todos sus trabajos desde que estrenó aquel equipo, estaba toda su vida. O casi. Incontables fotos y vídeos, papeles de Hacienda y de la Seguridad Social, Declaraciones de Autónomos, los papeles del divorcio, recibos, extractos, facturas, recuerdos, pensamientos, desahogos, cosas pendientes... Buscó la carpeta del trabajo en curso y la encontró, pero no la abrió. Directamente pichó sobre el icono de Firefox y el logotipo de Google la invitó, como siempre, a teclear su búsqueda.

Hacía solo un par de noches que Elisa había tenido esa pesadilla. No se la contó a Roxy. No era habitual en ella recordar los sueños. Incluso a veces había bromeado sobre su ausencia de sueños nocturnos. Desde que estuvo ingresada en el hospital para la primera operación no dormía bien; no disfrutaba de un sueño continuo y reparador a no ser que se tomase un Orfidal. Entonces sí, dormía. Algo mejor. Aunque nunca como antes. Elisa suponía que ese mal dormir, nunca profundamente, le impedía formar sueños claros y con cierta coherencia, y lo

normal es que sólo recordase imágenes sueltas sin sentido alguno. Pero lo que soñó la noche del jueves al viernes ahí estaba, en su cabeza, como un vídeo en su archivo, grabado a fuego en su cerebro, detalle a detalle, y sin posibilidad de apartarlo y guardarlo en un cajón para más tarde. Recordaba el lugar. Recordaba las caras, todas y cada una. Recordaba la música, exactamente la misma que había oído las otras noches. Y, claro, la última noche apenas había pegado ojo pensando en tan terrible sueño y en qué podría hacer con aquella melodía de piano que la estaba empezando a obsesionar.

Escribió «canciones para piano» y aparecieron bastantes páginas para principiantes. Con las manos entrelazadas y la barbilla apoyada sobre ellas, repasó las opciones que le ofrecía Google. Ninguna le convencía. Debía plantear la pregunta de otra manera. «Canciones famosas para piano», tecleó. Esta vez le pareció que se acercaba: *Melodías inolvidables de piano, 13 canciones conocidas para piano, Música de piano romántica, Canciones de Pop para piano, Las canciones clásicas de piano más famosas.*

—Aquí —dijo Elisa, en voz alta, al tiempo que cliqueaba sobre esa última página.

Tardó unos segundos en abrirse y apareció una relación de diez canciones. La primera ya sonaba y Elisa pulsó el ratón con el cursor sobre la segunda canción. *La Campanella* de Paganini, tampoco. La siguiente: *La niña de los cabellos de lino*, nada. *Preludios*, no. La número 5, bagatela *Para Elisa*.

Al oír sus notas Elisa sintió que un escalofrío recorría su cuerpo, despacio, prolongándose, recreándose en sus costados y avanzando por su espalda hasta llegar a la nuca y hormiguitar en su mandíbula haciendo trabajar sus glándulas salivares. Bagatela Para Elisa, leyó susurrando las palabras mientras las notas pasaban del salón a la habitación y empezaban a enlazarse con el sueño de Roxy.

Bagatela, *Para Elisa*, bagatela, repetía para sí Elisa, mientras abría Safari para volver a Google evitando así que la música dejase de sonar. Bagatela *Para Elisa*, escribió. Seleccionó la página que le ofrecía Wikipedia y leyó con avidez la explicación sobre el origen de la pieza que compuso Ludwig van Beethoven en la menor para piano.

Roxy se asomó al salón y vio a su madre inmersa en la pantalla de su ordenador.

¿Desde cuándo estará levantada?, se preguntó.

Elisa ni siquiera se había vestido. Sólo llevaba la braguita y una camiseta rosa de las que usaba para dormir. El pelo corto y revuelto. Desde que se le cayó con la quimio ya no se lo había vuelto a dejar largo.

Tengo que convencerla para ir a la peluquería, juntas, un día de estos, pensaba Roxy mientras observaba a su madre. Buscaremos una que esté bien, por el barrio. Necesitamos un arreglo las dos, urgentemente.

Por fin decidió acercarse a ella.

—Buenos días, mami —le dijo dándole un cariñoso y sonoro beso en la mejilla.

—Hola, Roxy. Buenos días —Elisa seguía absorta en su hallazgo.

—¿Ya estás trabajando? ¿Tan temprano? —le preguntó Roxy, apoyándose sobre la gran mesa de trabajo de su madre— ¡Hoy es sábado! ¿Qué era esa música que estabas oyendo? —añadió.

—Es una canción para piano, de Beethoven. Una bagatela titulada *Para Elisa*.

—¡No me digas que el gran Ludwig van Beethoven la compuso pensando en ti, mami! —exclamó Roxy, bromeando.

—Al parecer, Elisa era una de sus alumnas —le respondió, con seriedad, su madre que, tras la noche pasada, casi en vela, y el tenebroso recuerdo de la pesadilla de la noche anterior, se sentía cansada y con muy pocas ganas de reír—. Y resulta que es la canción que oigo tocar a ese puñetero vecino por las noches —añadió con desgana.

—Al menos ya sabemos el título —dijo Roxy, intentando animar a su madre—. Ahora hay que dar con el artista. ¿Irás a hablar con la presidenta de la comunidad?

—Dejaré pasar unos días a ver qué pasa. Esta noche no la he oído.

—A ver, ponla otra vez, mami. ¿Es bonita?

—Sí, es bonita. Y al parecer muy popular. Te sonará.

—Bagatela. Una palabra un poco rara, ¿no? ¿Qué significa?

—Una bagatela es algo de poco valor, sin importancia. Así se le llama también a este tipo de composiciones.

Elisa pulsó *play* y la melodía las envolvió en un halo de nostalgia.

Aquel fin de semana de finales de mayo estaba a punto de pasar sin pena ni gloria para Elisa. Antes del mediodía había terminado satisfactoriamente el trabajo de traducción pendiente y se lo había dejado enviado por *mail* a su cliente para que lo tuviese en su poder el lunes a primera hora. Si todo resultaba como de costumbre, no habría dudas ni rectificaciones y podría enviar la factura después de un par de días de cortesía.

Sin embargo, para Roxy, el sábado fue un día un tanto especial ya que había ido al cercano cine Victoria, con su nuevo grupo de amigas del instituto, a ver la última versión de *La Bella y la Bestia* y luego a cenar una hamburguesa en un Foster Hollywood. Aunque sólo llegó a casa diez minutos pasadas las diez, su madre se enfadó con ella, asegurándole que si se volvía a repetir el retraso la castigaría sin miramientos. Pero Roxy ya sabía hasta dónde podía apurar sin que llegase la sangre al río y, poco a poco, seguiría añadiendo minutos a su retraso.

Ahora, Roxy estudiaba en su habitación y Elisa leía *París*, de Edward Rutherford, recostada cómodamente en el sofá del salón. Le gustaba ese autor. Y no le importaba que sus novelas superasen las 800 páginas. Al contrario, cuando una historia le enganchaba, sufría al comprobar que página a página se iba agotando y que inexorablemente llegaría el final. La inesperada melodía de su teléfono móvil interrumpió su lectura. Mamá, ponía en la pantalla.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Qué tal estáis?

—Bien.

—¿Habéis pasado bien el fin de semana?

—Yo trabajando. Roxy salió ayer con sus amigas del instituto.

—Pero, ¿dónde fue? ¿No es muy pequeña todavía para que ande por ahí?

—Mamá, por favor.

—Bueno, tú sabrás. Eres su madre.

—Pues por eso.

—¿Y no me cuentas nada?

—No he hecho nada especial, mamá.

—Pero... ¿te encuentras bien?

—Estupendamente.

—Hija, es que me preocupo por ti.

—Ya lo sé, mamá, pero no tienes por qué. Cuando te necesite o me ocurra algo malo, serás la primera persona a quién llame. Ahora no tengo a nadie más que a ti y a papá.

Hubo un golpe de silencio en el que Elisa sintió cómo su madre recomponía su emoción.

—Deberías intentar salir un poco —dijo, al fin, María—. ¿Por qué no llamas a tus amigas de Majadahonda y quedas con ellas algún día, para tomar algo?

—Están casadas, mamá.

—Bueno, pero habrá alguna que...

—Oye, mamá, ¿el yayo Juan cómo está? —le preguntó Elisa a su madre, recuperando repentinamente el interés por la conversación.

—Bien. Bueno, ya sabes, muy mayor. Cumplirá 93 en septiembre.

—Hace mucho que no le veo.

—Tu padre y yo iremos el próximo domingo por la mañana a la residencia —dijo María, como tanteando a su hija.

—El próximo domingo... —dijo Elisa, pensativa— Roxy estará con su padre. Igual me voy con vosotros.

—Uy, qué bien. Tu padre se va a alegrar mucho. Y luego podemos ir a comer por ahí los tres.

—Bueno, ya veremos —se replegó Elisa, volviendo a su apático tono habitual—. Tampoco te aseguro nada, eh, mamá.

—Muy bien, hija, pero no estaría nada mal que nos diésemos una escapadita los tres juntos, como cuando eras pequeña.

—Yo os llamo el viernes próximo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, hija. Por cierto, ¿qué tal duermes? ¿Te sigue despertando el del piano?

—Se debe haber ido a pasar fuera el fin de semana, porque desde la noche del jueves no lo he oído.

—Pues a ver si hay suerte y no vuelve, hija.

—Bueno, mamá, te dejo. Voy a ver si a Roxy le apetece salir a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¡Pero si está lloviendo a mares!

Elisa miró por la ventana y vio agitarse las hojas de los aligustres golpeadas por la fuerza de la lluvia. Sobre los cristales, una cortina de regueros verticales dejaba su arañazo, desdibujando los barrotes de hierro. Se despidió de su madre y, después de pensarlo un momento, fue a la habitación de su hija para preguntarle, con poca convicción, si le apetecía acompañarla a dar un paseo bajo la lluvia.

—Pero, mami, ¿estás loca? Mejor me quedo. Tengo mucho que estudiar.

Una vez más, Roxy podría chatear a sus anchas o ponerse a hablar por teléfono con sus amigas y contarse esas cosas que jamás debe oír una madre. Elisa buscó entre sus incontables zapatos sus queridas botas de agua, se puso una gabardina ligera y salió a la calle. Todavía no eran las ocho de la tarde cuando desplegó el paraguas y echó a caminar calle abajo.

La calle Marqués de Mondéjar estaba desierta. La lluvia encierra a la gente en sus casas, pensaba mientras escuchaba el chapoteo de la suela de goma de sus botas al chocar con las irregulares baldosas de la acera y los pequeños charcos formados en ellas. Recordó a su yayo Juan, cuando ella era pequeña, haciendo de albañil en su pequeño chalet de Manzanares El Real. Siempre que iba con sus padres, su abuelo estaba haciendo algo: que si una jardinera, que si unos escalones, que si una barandilla... Un día estaba poniendo las baldosas del suelo de un pequeño porche trasero, muy atareado con su cemento, su arena, su paleta y su maza. Elisa le observaba con mucha atención y puede que también con gesto crítico. Entonces él le explicó que había que dejar alguna que otra baldosa un poco torcida para que después de regar o de llover se quedasen charquitos de agua donde los pájaros pudieran beber. Aquello se le quedó grabado a Elisa. Quizá porque nunca supo si su yayo Juan quería transmitirle alguna enseñanza o simplemente se lo inventó para disfrazar su torpeza.

La lluvia caía con fuerza y mucho ruido sobre la tela del paraguas, pero Elisa se sentía resguardada de todo mal. Una cortina protectora la rodeaba y protegía. Esa era la sensación que más le atraía y que motivaba sus paseos bajo la lluvia, siempre que podía. Era mejor que llorar. Mejor que rezar. Mejor que huir. Para Elisa era como meditar sin pensar. Llegar al fondo sin daños. Aclarar la mente sin mojarse.

El agua rodaba hacia el final de la calle y ella siguió su sentido descendente hasta llegar a una plaza semicircular sobre la M-30. Plaza de América Española, leyó en la placa. Cruzó y se asomó a la amplísima carretera de circunvalación que encierra la llamada almendra del centro de Madrid. Los vehículos y sus luces veladas sufrían bajo la lluvia un lento viacrucis, los últimos coletazos del atasco del regreso del fin de semana. Si algún conductor hubiese mirado hacia arriba habría visto, desde su estrecho encierro, la silueta oscura de Elisa protegida por su paraguas, recortada contra el cielo gris oscuro casi negro. Pero, probablemente, nadie miró hacia arriba.

Elisa, en ese instante, recordaba su sueño. Nada de todo lo que tenía ante ella existía en aquellos momentos. Ni los coches, ni la lluvia, ni los edificios del otro lado de la M-30, ni el colegio ni la iglesia que tenía a su espalda. Sólo las caras de aquellas mujeres observándola según avanzaba entre ellas, por aquel miserable, inmundo y maloliente lugar del que se disponía a salir con su propia llave, si Roxy no la hubiese despertado.

Seguramente, se decía, esa pesadilla tiene algo que ver con la cárcel en la que trabajó mi bisabuela. Quizá, inconscientemente, esté un poco obsesionada con este asunto desde que papá comentó en casa el otro día lo de los bisabuelos: que vivieron muy cerca, quizás en la misma calle. Pero no entiendo que esté obsesionada cuando apenas he pensado sobre ello hasta después del sueño. Es ahora cuando siento la necesidad de saber más. No lo podría explicar, pero sé que esas mujeres están esperando algo de mí.

Elisa decidió que tenía que hablar con su abuelo, el yayo Juan.

Iré el domingo con mis padres, se propuso. Aunque, no sé, igual ya no recuerda nada. Da igual. He de intentarlo.

Se dio media vuelta y salió a la calle Alcalá, subió a Manuel Becerra, rodeó la iglesia que hay junto al parque y caminó Francisco Silvela adelante. La lluvia aflojó un poco. Justo enfrente estaba la casa de sus padres, en los dos balcones del primer piso. Llevaban allí toda la vida. En esa casa nació su padre, Eugenio, y en ella vivió Elisa hasta que se fue a vivir a Londres, donde conoció a Marcos. Se detuvo en el siguiente cruce y decidió bajar por la Avenida de los Toreros hacia la Plaza de Toros.

He de intentar no volverme loca con ese asunto de la cárcel, continuaba con su hilo de pensamiento. Me obsesiono demasiado. Ese fue uno de los motivos que me separó de él. Me convencí de que ya no me quería como antes. Como antes de la operación. Vale, me obsesioné, pero también acerté. Desde que el ginecólogo me lo dijo, justo desde ese momento, yo ya supe que mi vida iba a cambiar. Y mucho. No solo por la enfermedad en sí, sino por lo que traía con ella. Si se pudiese medir la dificultad para asumirlo, aceptarte cuando te miras al espejo, tocarte... Pero es imposible. No existe una manera de abarcar lo difícil que ha sido. Porque aún lo sigue siendo. Pero Marcos ni siquiera lo intentó. No dio ni un solo paso hacia mí. Como mujer, pareja y compañera desaparecí de su pensamiento. Y ahora solo me ve como alguien a medias, incompleto, a quien hay que cuidar y consolar. Nada más. Y eso no es querer.

Estaba plantada delante de la puerta grande de La Monumental. La lluvia había retomado energía y rebotaba en el suelo a su alrededor. Una pareja pasó junto a Elisa a la carrera, cubriéndose ambos las cabezas con el gran bolso de ella. Empapados.

Qué pena que no me gusten los toros, pasó a pensar de repente. Es un edificio bonito que no tardará mucho en perder el sentido de su existencia. Lo convertirán en un centro comercial o algo así, sobre todo si dependiese de Roxy. Si por ella fuese ya estaría demolido. Solo espero poder impedir que este verano vaya a protestar a Tordesillas, al Toro de la Vega. Me lo viene diciendo desde el año pasado. Y no me hace ninguna gracia, es muy pequeña todavía. Bueno, no tan pequeña. Me ha demostrado ser toda una mujer. Menos mal que la tengo. Sin su apoyo incondicional y, sobre todo, sin su cariño, yo no creo que hubiese podido salir adelante como lo estoy haciendo. Es fantástica. Y no es amor de madre.

Elisa miró su reloj. Tres *minutos* pasaban de las nueve. Para casi una hora, le pareció que había caminado poco y pensado demasiado. Se sentía bien. Decidió pasar por el Burger King de la plaza y llevar a casa algo de cena, de esa que, de momento, le chiflaba a su hija.

Ya no llovía, cerró el paraguas y aceleró el paso sobre la acera mojada y brillante.

Le tiemblan las manos. Al mirárselas ve algo extraño en ellas. No son las suyas, pero, sin embargo, desprenden cercanía, familiaridad. Son las manos de una mujer madura, quizá algo mayor que ella, fuertes, enérgicas, de dedos largos, ágiles y elegantes. Tienen las uñas cortas, arregladas y sin pintar. Un fino anillo de oro rodea el dedo anular de su mano izquierda. Pero, ¿por qué le tiemblan las manos? Sabe que es muy tarde, casi está amaneciendo, que lleva muchas horas de ausencia de sueño. Un sueño que no siente. Un sueño que una afilada angustia le impide conciliar. Bajo sus manos, una pluma y un documento recién firmado por ella, pero no es su firma. En el papel, Elisa ve escritos tres nombres bajo un escueto párrafo de texto que dice así: Yo, la abajo firmante, como Oficial de Guardia de esta prisión, hago entrega a la Autoridad Militar de las presas condenadas a muerte cuyos nombres aparecen relacionados a continuación. Es 10 de junio de 1939, año de la Victoria. Y junto a la fecha, el nombre que Elisa lee, escrito en perfecta caligrafía y adornado por un elegante trazo a modo de rúbrica, es el de Rosa Herrero Díez. Un oficial militar aparece frente a Elisa, arranca el documento del escritorio y lo dobla y guarda en uno de los bolsillos de su uniforme color caqui, con espantosa parsimonia. Y mientras lo hace, clava sus vidriosos ojos en ella mostrando, al mismo tiempo, una aterradora y sádica sonrisa. Por fin, el militar desaparece de su vista. Pero ante ella desfilan ahora los rostros angustiados y resignados de tres mujeres. Una muy joven, otra de su edad, o eso le parece a Elisa, y la tercera muy mayor, casi una anciana. Podrían ser hija, madre y abuela. Pero su aspecto es engañoso. Están muy delgadas, visten ropas sucias y destrozadas, su piel es quebradiza y cenicienta, sus ojos hundidos y oscuros, secos, agotados. Sin embargo, al pasar por delante de Elisa elevan el rostro y, sin mirarla,

continúan dejando tras de sí un halo de arrogancia capaz de fundirse para siempre con la conciencia de quien todavía la conservase en aquel tenebroso lugar y en aquellos olvidados días.

Pero Elisa, en su sueño, sentía su conciencia muy despierta y abierta de par en par. Y el remordimiento penetró en ella. Y un sufrimiento indescriptible se apoderó de su ser cuando vio a las tres mujeres desaparecer en el fondo oscuro del camión que las llevaría a su final. Las dos monjas que habían acompañado a las condenadas hasta ese momento, y que también habían estado *en capilla* con ellas casi toda la noche intentando convencerlas para que se arrepintiesen de sus pecados y se confesasen, quedaron de espaldas a Elisa, bordeadas sus siniestras siluetas por la débil luz del farol que iluminaba el pasadizo de la única entrada, y salida, de la entonces llamada Prisión de Mujeres de Madrid. Elisa, en su sueño, reconoció por su elevada estatura a quien las presas llamaban *la serafines*, una monja alemana dura como el granito y malvada como Satanás, aunque ella creyese ser una santa de alma impoluta. Era la de la izquierda. El camión arrancó y *la serafines* las despidió con un movimiento de su mano como si se fuesen de excursión. Elisa no podía mover los pies. Los sentía clavados al suelo cuando las dos monjas, Hijas del Buen Pastor, pasaron de nuevo junto a ella alegrándose de poder, por fin, retirarse a descansar. Había sido una noche muy desagradable. No habían logrado, a pesar de sus bienintencionadas amenazas, que aquellas tres almas reconociesen sus pecados y se pusiesen a bien con Dios. De nuevo, Elisa se miró las manos y el tableteo de una ráfaga de ametralladora la despertó.

Sudaba. Escuchó el silencio y solo percibió la respiración de Roxy al otro extremo de la cama. La televisión estaba apagada y no recordaba haberlo hecho ella. Su almohada estaba empapada. Las seis y veinte. Se sentó en el borde de la cama y, en la penumbra de las primeras luces, observó sus manos. Las tenía perladas de sudor. Apenas se notaba ya la señal del anillo que había llevado, sin quitárselo ni un segundo, durante 15 años. En su mente sabía grabada con precisión la pesadilla que acababa de vivir. Cada detalle. La luz amarillenta de los faros de un coche entró por las rendijas de la persiana y recorrió la habitación. Hay quién madruga mucho para ir a trabajar, se dijo. Eso la decidió a levantarse. Sin apenas hacer ruido se encerró en el cuarto de baño. Pasados veinte minutos

ya estaba sentada delante de su ordenador y navegaba por internet. Buscó y anotó todo lo que pudo encontrar sobre la cárcel en la que, según había soñado y recordaba con absoluta claridad, su bisabuela Rosa, Rosa Herrero Díez, se suponía que había trabajado.

Se trataba de la Cárcel de Ventas. Efectivamente, Elisa pudo comprobar por una fotografía aérea de la época que estuvo ocupando la manzana completa de la urbanización en la que ahora vivía. Al parecer, la entrada principal de la cárcel estuvo, más o menos, en el lugar donde estaba ahora la entrada principal de la urbanización. Entre lo que leyó en Wikipedia y en un reportaje publicado en El País en el año 2015, Elisa pudo hacerse una idea bastante general de las circunstancias que rodearon la historia de la Prisión de Mujeres de Ventas. Se inauguró en el año 1933 y se clausuró en 1969. Treinta y seis años de una intensa, terrible y olvidada existencia. Su artífice fue Victoria Kent, una destacada política de las poquísimas que hubo en esos años revueltos entre la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República. Elisa, que apenas le sonaba el nombre de Victoria Kent, supo entonces que había sido una de las grandes luchadoras por los derechos de la mujer y una incansable defensora de los derechos humanos en general. También le llamó la atención que fuese la primera mujer que ingresó en el Colegio de Abogados de Madrid, así como una de las primeras mujeres del mundo en ejercer como abogada ante un tribunal militar. Durante la Segunda República, en 1931, fue nombrada por el gobierno provisional, presidido por Alcalá-Zamora, Directora General de Prisiones. Su objetivo era dejar atrás la miseria y el abandono de las cárceles españolas y lograr la rehabilitación de los hombres y mujeres condenados a penas de prisión. Desde este cargo introdujo reformas con la intención de humanizar el sistema penitenciario, y su gran proyecto fue construir la Cárcel de Ventas como ejemplo y paradigma de todo ello. Y para lograrlo exigió al arquitecto, Manuel Sainz de Vicuña, un edificio moderno y funcional, con celdas individuales, salón de actos, biblioteca, talleres, aulas, enfermería, quirófano, además de comedor, cocina y todas las instalaciones necesarias para atender en buenas condiciones a todas las mujeres condenadas y, especialmente, a las madres con hijos pequeños.

Victoria Kent cuidó personalmente cada detalle de la prisión que deseaba sirviese de referencia para la construcción de los nuevos centros penitenciarios y que, según su plan, irían sustituyendo a los existentes.

Pero se encontró con un problema importante que debía resolver. Hasta aquel momento, habían sido congregaciones de monjas las que se habían encargado de dirigir y administrar las cárceles de mujeres, y la Directora de Prisiones decidió crear un cuerpo de funcionarias de prisiones bien preparado para sustituirlas, y cuya misión no sería sencilla. Deberían ser mujeres de cultura media, tituladas en algún oficio, de ideas progresistas, y cuya capacidad les permitiese asumir el gran reto de transformar el, hasta entonces, concepto represivo de las prisiones por la nueva idea, más moderna y más acorde con los derechos humanos, basada en la rehabilitación y reinserción en la sociedad de los penados.

Pero el comienzo de la guerra civil lo truncó todo.

—Buenos días, mami —Roxy la besó en la mejilla como cada mañana y se sentó en el borde de la mesa—. ¿Qué haces trabajando tan temprano?

—Bueno, me desvelé muy pronto y no podía dormir.

—¿Te ha vuelto a despertar el pianista?

—No, no. Tranquila —le dijo Elisa, al tiempo que apagaba el ordenador—. Venga, vamos a preparar el desayuno que vas a llegar tarde al instituto.

Mientras Roxy se duchaba y vestía, Elisa hizo una cafetera y calentó leche en el microondas. Sirvió dos vasos de una botella de zumo de naranja que sacó de la nevera y untó con margarina unas cuantas galletas. Lo colocó todo sobre una pequeña mesa auxiliar que había en la cocina y se sentó a esperar a su hija. Mientras, se puso a pensar en cómo le pediría a su abuelo, el yayo Juan, que le contase cosas sobre su madre. Ya no tenía dudas. Iría el domingo con sus padres a Becerril, a la residencia geriátrica donde estaba ingresado, y trataría de animarle a recordar cualquier cosa sobre la bisabuela Rosa y, lo más importante para ella, sobre su trabajo en la Cárcel de Ventas. Hacía varios meses que no había ido a verle y no sabía en qué condiciones estaría ahora ya que, además de su avanzadísima edad, los médicos le habían diagnosticado un principio de *Alzheimer*. También era consciente de que debía hablar a solas con él, y que, yendo

con sus padres no iba a ser fácil. Si lo conseguía no se iba a librar de que, después, la avasallaran a preguntas.

Dio un sorbo a su taza de café con leche y escuchó cómo Roxy salía ya vestida de su habitación, como un huracán.

—¡Llego tarde! ¡Llego tarde!

—Anda, que te pareces al conejo de Alicia. Vas bien de tiempo. Tómame tranquilamente el desayuno.

—Dos galletas solo, ¿eh, mami?

—¿Llevas dinero para comprarte a media mañana algo de comer?

—Sí, no te preocupes, lo llevo todo.

—Ten cuidado, Roxy. Y no te entretengas luego, cuando salgas.

—Descuida, mami. Un beso.

—Adiós, Roxy.

—Adiós, mami. Hasta luego.

La puerta del piso se cerró tras ella. A Elisa le empezaba a resultar normal aquel fugaz y agitado protocolo de las mañanas. Su hija se había acostumbrado demasiado rápido a su nueva vida y la vivía con mucha intensidad. Probablemente no iría sola en el autobús hasta el instituto. Había compañeras que vivían por los alrededores y, por qué no, probablemente también algún chico.

Tendría que hablar con ella sobre ese asunto, se dijo. De mujer a mujer.

Pero, inesperadamente, una duda cruzó sus pensamientos. ¿Estaría ella a la altura? ¿Daría la talla? ¿Sabría hacerlo? Borró su mente, apuró su café con leche y se fue al baño. No tenía prisa. El trabajo lo llevaba al día y se propuso robarle un par de horas al final de la mañana para seguir buscando información sobre la Cárcel de Mujeres de Ventas en internet. Puede que hasta encontrase algo relacionado con su bisabuela Rosa, si escribía directamente su nombre en Google.

Se desnudó y su imagen en el espejo le devolvió el recuerdo de su enfermedad. Todas las mañanas lo hacía. Inexorablemente. Una oscura e irregular línea horizontal le cruzaba el pecho en su lado izquierdo. Su seno sano se mecía solitario y turgente, resaltando grotescamente la falta de su compañero. Pronto debería pasar una nueva revisión médica y los resultados decidirían sobre la continuidad de éste.

Hasta entonces su decisión, en contra de la de todos, había sido la no reconstrucción. Operaciones las justas, defendió con energía. Pero en su fondo sabía que no temía las intervenciones quirúrgicas; que estaba en las mejores manos médicas; ese no era el problema. El problema era que, antes de eso, lo que ella debía reconstruir era su vida.

El agua caliente de la ducha tranquilizó sus pensamientos. El vapor la rodeó en una nube de bienestar. Cerró los ojos, se relajó y dejó de pensar. Sólo sentía el placer de las gotas de agua golpeando y recorriendo su cuerpo. Pero algo interrumpió el momento. O, mejor dicho, algo mejoró el momento. Las notas de la bagatela *Para Elisa* de Ludwig van Beethoven en *la* menor para piano, comenzaron a sonar. Elisa las recibió como el acompañamiento perfecto de aquel momento de relajación; como una precisa descripción sonora de la lluvia de agua caliente picoteando su rostro. Se dejó llevar por la melodía hasta que, inevitablemente, imaginó a algún otro vecino llamando la atención al pianista a altas horas de la noche.

Quizá por eso practica ahora de día, se dijo, aunque también le podían haber dicho que debería dar más variedad a su repertorio.

Cerró el grifo de la ducha. La música y el agua cesaron al unísono y Elisa no pudo evitar una sonrisa.

Se sentía mejor.

Elisa no hubiese escogido aquel lugar para los últimos años de su abuelo. Sabía que sus padres lo habían elegido por su cercanía a las montañas de la Sierra de Madrid, y con todo el cariño hacia el yayo Juan, puesto que, durante toda su larga vida, o al menos hasta que las fuerzas le acompañaron, había disfrutado pateándose aquellas cumbres. Siete Picos, Montón de trigo, Peña del Águila, Bola del Mundo, La Maliciosa. Las vistas eran bonitas, Elisa no lo negaba, pero no sólo de vistas vive una persona de edad avanzada, pensó, mientras observaba a su alrededor la constatación del paso ineludible del tiempo.

Para Elisa, aquella residencia, sanatorio, geriátrico o como se le quisiera llamar, ni brillaba por su limpieza, ni el personal transmitía confianza, ni el olor

que desprendía, incluido el que salía de la cocina, invitaba a quedarse ni a merendar. Los trazos de felicidad que aparecieron en el arrugado rostro del yayo Juan, así como en el de los tres abuelos que le acompañaban en el jardín, cuando los padres de Elisa le entregaron la bolsa con los caprichos a su gusto que le habían preparado, fue explícitamente sintomática. Allí sentados, su abuelo en un extremo del banco, en silencio, en medio de un lúgubre y sombrío jardín, frente a una casona de piedra oscura, arañada por los nervios muertos de lo que un día fue una vigorosa hiedra, componían la más triste de las imágenes.

—Está muy bien —les dijo el director, que había salido a recibirles a la puerta principal del edificio cuando les vio llegar—. Bueno, todo lo bien que se puede estar para la edad que tiene Juan, claro. Pero come bien, duerme bien, tiene amigos y el médico nos dice que por el Alzheimer no nos tenemos que preocupar porque le ha aparecido ya muy tarde y no le afectará mucho más que una demencia senil propia de la edad.

—¿Está tomando medicación? —preguntó Elisa.

—Por supuesto —contestó el director, agitado, como si la pregunta hubiese sido formulada con mala intención por parte de la nieta de Juan—. Lo prescrito por el médico para la circulación, el colesterol, el azúcar, la próstata, el corazón y, ahora, el Alzheimer.

—¿Dónde está? —preguntó Eugenio, ya cansado del tema de conversación y de tener delante la grasienta cara de ese individuo que nunca le había caído demasiado bien.

—Les acompaño. Está en el jardín.

—No se moleste, hombre —le atajó María—. Ya sabemos dónde está el jardín.

—Recuerden que no le convienen los dulces ni el embutido ni...

Elisa, María y Eugenio salieron al jardín ignorando las últimas palabras del preocupado director y cuando, por fin, encontraron al padre de Eugenio le alegraron el día con los besos, los abrazos, la bolsa con los alimentos prohibidos y la inesperada sorpresa de la aparición de su nieta Elisa. Una veintena de pares de ojos, medio ocultos entre las densas plantas y los gruesos troncos de los centenarios árboles, observaba la escena con envidia y curiosidad.

Los tres compañeros de banco dejaron solo a Juan con la visita y éste observó, agradecido y sonriente, a los recién llegados. Se sentía aliviado sabiendo que aún no había caído en el olvido de su corta familia. Con Eugenio, el mayor de sus dos hijos, había tenido una relación correcta una vez superadas las distancias naturales que separan a los padres de los hijos. Pero, aunque lo había intentado, nunca consiguió acercarse a él lo suficiente. Y ya era demasiado tarde. Su nuera, María, le gustaba. Era una buena chica que, como decía siempre su mujer, se la notaba que quería mucho a Eugenio y eso era bastante. Su mujer, Adelina, ¡cuánto la echaba de menos! Y qué pronto se había ido. Hacía mucho tiempo. Sabía que no tardarían en reencontrarse y eso le consolaba. Aunque también había días en los que deseaba con todas sus fuerzas que sucediese. Ya. En aquel instante. Antes de que anocheciese. O, mejor, no despertar mañana. Aquel domingo también había venido su nieta.

¿Cómo era su nombre? Ah, sí, claro, ya me acuerdo, pensaba Juan cuando la vio acercarse para darle un beso.

—Hola *yayo*, sabes quién soy, ¿verdad?

—Elisa, ¿cómo no lo voy a saber? Pero desde Navidad que no te veo —le dijo, severo.

—Es que estoy siempre muy liada, *yayo*. Ya sabes. La vida de la mujer trabajadora que además es ama de casa, esposa y madre es muy muy dura.

Habían decidido no contarle nada al *yayo* Juan. Ni de su divorcio ni de su enfermedad. Elisa se resistió en su momento, pero Eugenio insistió. No quería que su padre sufriese ni un gramo más de lo mucho que ya había sufrido a lo largo de su dura vida. Era como si Eugenio hubiese creado un escudo invisible de protección anti malas noticias para su padre, a prueba de esas que pudieran clavar la más mínima espina de sufrimiento o tristeza en su mente.

—Siempre tan contestataria —reaccionó Juan, al comentario de su nieta—. Si te oyera tu abuela Adelina diría que de contestataria nada, que eres una quejica.

—Los tiempos son otros ahora, *yayo* —le dijo Elisa, con cariño—, aunque posiblemente la abuela tendría razón.

—Bueno, padre, ¿cómo estás? —intervino Eugenio, apremiante— ¿Te tratan bien aquí? Ya sabes que a la menor pega que encuentres buscamos otro sitio.

—Estoy bien, hijo. La comida, lo único, pero ya me voy acostumbrando.

—¿Qué le pasa a la comida? —preguntó, preocupada, María.

—Bueno, ya sabéis que a mí me gusta la comida casera, como la que hacía tu madre —dijo Juan, dirigiéndose a su hijo.

—Podríamos ir hoy a comer por ahí, juntos los cuatro —propuso Elisa, simulando entusiasmo—. ¿Te apetece yayo?

—Si conseguís convencer al director... —dijo, pesaroso, Juan.

—Pero qué pasa con la comida. ¿Es mala? ¿Es escasa? ¿O qué? —le interrogó María.

Silencio.

—¿Yayo...?

—Hola —dijo Juan, con una tímida sonrisa en sus labios. El sosiego que, tan solo un segundo antes transmitía su mirada, había desaparecido bruscamente y sus pupilas se agitaban buscando respuestas en el aire.

—Cuéntanos qué le pasa a la comida, papá —insistió Eugenio.

—¿La comida? —preguntó Juan, frunciendo más aún las arrugas de su frente.

—Sí, la comida que te dan aquí —dijo Eugenio, suavizando el tono de su voz—. Nos estabas diciendo que no te gusta.

—¿La comida? —Juan repetía la pregunta, perdido.

—¿Te encuentras bien, Juan? —intervino María, apoyando una de sus manos sobre las de él, que rodeaban el pomo de su bastón.

Juan pasó su mirada inquieta por los rostros de los tres, observándoles. Escrutándoles.

—Gracias —dijo, por fin.

—¿Gracias? ¿Por qué? —le preguntó María.

—Gracias a los tres —insistió Juan.

—Pero... ¿por qué nos das las gracias, yayo? —se decidió a intervenir Elisa.

Se produjo un nuevo silencio y Elisa miró de reojo a su padre. La tristeza le desbordaba. Le apareció el recuerdo del día en el que se presentó en casa de sus padres para decirles que... Decidió que su abuelo era en ese momento lo importante.

—¿Yayo?

Los tres le observaban. Necesitaban oírle decir algo coherente.

—Gracias porque..., por cómo me miráis y me habláis, se os nota preocupados por mí. Me debéis de querer mucho.

—Pues claro que te queremos —dijo María, apretando sus manos con la suya.

—Sí, os lo noto en vuestras caras, pero ¿quiénes sois? No os conozco, ¿verdad?

Silencio, de nuevo. Esta vez hasta los pájaros enmudecieron.

—Yo soy tu hijo, papá. Tu hijo Eugenio —dos lágrimas rebeldes amenazaban con saltar de sus apretados ojos.

—Eugenio —repitió Juan.

—Esta es María, tu nuera, y madre de tu nieta, Elisa —continuó Eugenio, tocando el hombro de su hija y sin poder evitar un leve temblor en su voz.

Miradas.

—¿Nos recuerdas ahora, yayo? —intervino Elisa, acuclillándose y posando su mano en la rodilla de su abuelo.

Las lágrimas del anciano se deslizaron suavemente entre las profundidades de las arrugas de su rostro y fueron cayendo sobre los cuadros de su gastada camisa de franela.

Elisa le abrazó intensamente. Él quiso corresponder, pero se detuvo. Para él Elisa era una completa desconocida y no estaría bien abrazarla como ella lo hacía.

—Elisa —dijo Eugenio— ven un momento, por favor.

Ella deshizo el abrazo con su abuelo y se incorporó junto a su padre.

—María, quédate un momento con él, por favor.

Padre e hija se alejaron unos pasos hacia un lugar donde no pudiesen ser escuchados por Juan.

—Hija, ¿lo ves? Está mal —su rostro y su voz aún no habían recuperado su tono habitual—. Tan pronto nos conoce como que no. No sé qué es lo que quieres hablar con él, pero no vas a poder hacerlo. Y, ahora, menos que nunca. No quiero que revuelvas en su cabeza cosas que no quiera recordar, si es eso lo que pretendes. Ya sé que te he dicho antes que sí, que te dejaríamos mamá y yo un rato a solas con él, pero después de verle así...

De la familia de su madre, Elisa sí sabía muchas cosas, si no todo. A María le encantaba hablar de ello, como de cualquier otro asunto. No tenía prejuicios a la hora de contestar cualquier pregunta o abordar cualquier tema de conversación. El miedo a equivocarse o a meter la pata no existía para ella. Pero su padre era todo lo contrario. Nunca había sido muy pródigo ni en recordar ni en contar ni en opinar sobre nada que no fuese intrascendente. Siempre había levantado una barrera entre él y los demás. Y mucho más alta entre él y su hija.

—Tranquilo papá —le cortó Elisa—. Ya me he dado perfecta cuenta de cómo está el yayo.

Sus ojos brillaban como los de su padre.

—Tu madre y yo vamos a hablar otra vez con el director —le dijo Eugenio—. Necesito que nos diga cuándo podemos visitar al médico que le atiende, a ver si conseguimos saber algo más concreto sobre la situación en la que se encuentra y el futuro que le espera a tu abuelo. Y también a ver qué coño pasa con la comida.

—Yo me quedo con él, papá. Y no te preocupes que no le voy a preguntar nada. Solo hablaré de lo que él quiera. De verdad, papá.

—De acuerdo, hija. Me entiendes, ¿verdad?

—Claro.

Eugenio y María dejaron a Elisa sola con Juan. Ésta se sentó junto a él y le pasó la mano por el hombro. Él la miró y le sonrió. Había sacado un pañuelo amarillento del bolsillo y se secaba las lágrimas de la cara.

—Tienes que venir más a menudo a verme, Elisa —dijo, de repente. La certidumbre había vuelto a su rostro como se le fue: en un instante y sin previo aviso.

—Claro, yayo. A partir de ahora cuenta con tenerme aquí sentada junto a ti una vez al mes, por lo menos.

—Me gustaría. Cuando eras pequeña recuerdo que tú y yo teníamos una relación un tanto especial. Te llevaba al parque, hacíamos manualidades, te contaba historias... ¿Recuerdas? Pasábamos mucho tiempo juntos.

—Claro que me acuerdo, *yayo* —dijo Elisa, decidiendo soltar el freno a sus lágrimas.

—Yo sentía que me querías mucho.

—Y te sigo queriendo, *yayo*, pero ya sabes, nos hacemos mayores y, como se suele decir, volamos —Elisa hacía enormes esfuerzos por mantener una sonrisa en sus labios.

—Sí, cada uno hace su vida. Yo también la he hecho, a mi antojo. O, bueno, casi a mi antojo. Lo que las circunstancias me han permitido. No me quejo. Sólo siento que, a quienes más he querido en este mundo, no se lo haya dicho y demostrado lo suficiente. Pero, bueno, nunca es tarde. Aquí estas tú ahora. Y te lo puedo decir, que te quiero, y mucho.

—No me hagas llorar más, *yayo*. Por favor —le dijo al oído, abrazándole de nuevo.

Se miraron sonriendo y, en aquel segundo, Elisa vio la oportunidad. Y la aprovechó.

—*Yayo*, ¿a ti te molestaría que la próxima vez que venga a verte —hizo una ligera pausa y lo miró directamente a sus cansados ojos—, te pregunte cosas?

—¿Cosas?

— Sí, necesito que me cuentes cosas... —se detuvo un nuevo instante— de cuándo eras pequeño, de mis bisabuelos, de cómo fue su vida...

Juan le retiró la mirada y se quedó pensativo y serio. Torpemente, apoyó el bastón en el banco y cogió la mano izquierda de Elisa entre las suyas. Luego le respondió sin dejar de mirar la ausencia de alianza en el dedo anular de su nieta.

—Estaré encantado de que vengas y de contarte todo lo que recuerde si tú, a cambio, me cuentas qué te ha pasado. Pero no tardes —añadió—, creo que mi memoria está empezando a fallar.

Transcurrieron unos días de incómoda actividad para Elisa. Además de un inesperado incremento en su trabajo de traducción, le había entrado la corrección de estilo de una novela de política-ficción escrita por alguien que no sabía escribir, pero que, al parecer era una apuesta importante para la editorial gallega con la que trabajaba y, lo peor de todo, tenían una prisa enorme.

Por otro lado, regresando de Becerril de La Sierra con sus padres, el día que fueron a ver a su abuelo Juan, Elisa había decidido, en contra de todo pronóstico, comprarse un coche. Pero quería hacerlo discretamente. Sin que trascendiera demasiado. Y, además, quería que fuese un coche barato, de segunda, tercera o cuarta mano. Le daba igual, pero barato y en el mejor estado posible. Había tenido que sacar tiempo de donde no lo tenía para rebuscar por internet en las tiendas *online* de coches de ocasión, que no son pocas. Finalmente se decidió por un *escarabajo* de los nuevos, aunque ya con unos añitos y 30.000 kilómetros a sus espaldas que ya serían unas decenas de miles más. Lo que la decidió, además de que siempre le había llamado la atención ese modelo de *Volkswagen*, fue el precio: 3.500 euros, y, sobre todo, la garantía, un año en piezas y mano de obra. Al menos en los siguientes 365 días no tendría que preocuparse. Aquella tarde iría a recogerlo con Roxy, que no sabía nada, y Elisa estaba segura de que se llevaría una gran alegría. Aunque, de momento, le diría que tenía que ser un secreto entre ambas. No debía trascender, sobre todo para sus abuelos. Como mínimo hasta que el *yayo* Juan le contase todo lo que pudiera recordar de su infancia, de sus padres y, lo que a ella más le interesaba: cualquier cosa referente a la vida de su bisabuela Rosa y de su trabajo en la Cárcel de Ventas.

Y para completar sus inquietudes, la siguiente semana tenía la cita para su revisión trimestral. Análisis de sangre, radiografía, mamografía de la mama sana y revisión ginecológica. Día completo en Puerta de Hierro.

Al menos las pesadillas parecían haberle dado un respiro.

La última la había despertado la madrugada del lunes de la semana anterior, tras el viaje a la residencia del *yayo* Juan. Y, como siempre, bruscamente e inmersa en una angustia difícil de describir. Lo recordaba, como ya empezaba a ser habitual, con una nitidez espantosa, a pesar de no terminar de entender del todo lo que ocurría en el sueño.

Está oscuro. Ante sus ojos, una reja de gruesos barrotes. Tras ella, una alfombra de mujeres cubre todo el suelo, hasta el último rincón. Duermen inquietas. Al fondo, una reja similar cierra la galería. Es el mismo escenario de su primer sueño. Las puertas metálicas de las hileras de celdas que hay a los lados están abiertas y en todas ellas no sobra ni un centímetro de espacio. Las mujeres duermen sobre sucios petates, unidos como si fuesen piezas de un rompecabezas, y con las piernas encogidas por falta de espacio. Acurrucadas de lado para que ninguna se quede sin su espacio. Tres baldosas por siete. Sesenta por uno cuarenta. Un silencio denso planea sobre los cuerpos apiñados mezclándose pesadamente con el ácido olor que desprenden. Toses rasgadas lo intentan romper sin conseguirlo. Ahora sí. Los lejanos ladridos de algún perro hambriento atraviesan las rejas de repente, acompañando el sonido ronco de un motor que crece, acercándose. Algunas mujeres se revuelven en su exiguo espacio. Una de ellas acaba por incorporarse al sentir el motor más cerca. Otra se sienta sobre su petate. Y otra. Y muchas más. Como una escenografía macabra algunas comienzan a gemir, otras lloran en silencio. A muchas de ellas les brillan los ojos, les tiemblan los labios, se les blanquean los nudillos apretados... El motor pasa de largo, se aleja, pero el dolor que ahora ocupa el aire aumenta. Finalmente se detiene. Se apaga. Han llegado. Todas saben dónde. Y Elisa también. Es el lugar más temido y triste del mundo. Junto a la tapia del Cementerio del Este. Entonces, una ráfaga de ametralladora, larga, terrible y mortífera, lo llena todo desde su lejanía. ¡Asesinos!, gritan algunas. Canallas, musitan otras. ¿¡Hasta cuándo!?, pregunta al cielo una de ellas. ¡Pobres hijos míos!, clama una anciana. ¡Silencio!, ¡silencio!, ¡silencio!, piden varias de ellas. A Elisa le sorprende. sabe que es a ella a quién le corresponde ordenar silencio como oficial de guardia en aquella noche. Una de tantas. Pero el silencio se hace de nuevo, instantáneamente. Sin que ella lo haya exigido. Un silencio poderoso, ahora cargado de pena y miedo. Suena un tiro, otro, otro... Son los tiros de gracia. Cuatro, cinco, seis... van contando por lo bajo algunas de las mujeres, hasta llegar a dieciocho.

Y entonces Elisa despertó.

Como en los otros dos sueños anteriores, Elisa supo que lo había vivido en primera persona, pero en la persona de su bisabuela Rosa. Ella era Rosa en los

sueños. Ya no tenía la menor duda. Lo sentía profundamente como cierto. Era como si su bisabuela quisiera confesarse a ella. Transmitirle algo. Quizá describirle cómo se sentía en aquellos terribles momentos y ante unos hechos que le tocó vivir en primera fila. Tanto de espectadora como de protagonista. Y, puede, que también como responsable.

Los diez días que habían transcurrido desde entonces, Elisa los había tenido tan ocupados con los nuevos encargos de trabajo y la compra del *escarabajo* que había conseguido abstraerse a ratos y no había pensado constantemente en ello. O eso intentaba. Sin proponérselo, ya tenía asumido que aquel piso era la causa de esos sueños. Resultaba que se había mudado exactamente al mismo lugar donde su bisabuela, a su misma edad, más o menos, había vivido y trabajado. Y, también, sufrido. Podía sentir que Rosa, allí mismo, hacía casi 80 años, lo había pasado muy mal. Terriblemente mal.

Todo parecía una puñetera e inquietante casualidad, pero que había invadido su vida y atrapado su mente.

Lo cierto era que Elisa nunca había sentido inquietudes de carácter religioso o espiritual. Y mucho menos creía en fantasmas, reencarnaciones, ciencias paranormales, magia negra y cosas así. Cuando le preguntaban si creía en Dios, se declaraba agnóstica. Sus padres eran creyentes, aunque no practicantes, y les tenía que agradecer que nunca le hubieran intentado inculcar ninguna creencia religiosa. De hecho, en el colegio eligieron para ella la clase de Ética en vez de la de Religión y cuando tuvo la edad de hacer la Primera Comunión dejaron en sus manos la decisión. Elisa eligió hacerla, pero más por el vestido, los regalos y el irresistible capricho de convertirse por un día en la protagonista de su propia fiesta. Es cierto que a raíz de su enfermedad sí se había replanteado sus ideas al respecto. Íntimamente se había sorprendido a sí misma rogando a Dios por su curación. Sin embargo, estando ingresada en el hospital y después de la operación, una mañana apareció en su habitación un sacerdote tonsurado de mediana edad, vestido con una túnica blanca de basto tejido, con un grueso cordón ajustado a la cintura y sandalias. Le preguntó si necesitaba confesarse o, simplemente, hablar. El trabajo de aquel hombre consistía en recorrer las habitaciones del hospital buscando almas atormentadas que quisieran ponerse en paz con Dios, pero lo

único que consiguió al irrumpir en su habitación fue darle un susto de muerte. Con los mejores modales, Elisa le dio las gracias y declinó sus servicios. Cuando cerró la puerta tras él, Elisa se recompuso de la impresión y regresó a sus pensamientos positivos. Y también a los negativos.

Así pues, esa tarde, Elisa y Roxy estrenaron un flamante, original y poco práctico *escarabajo*, o mejor, New Beetle de color rosa chicle. Para Roxy fue una sorpresa que la situaba mucho más cerca de sus amigas de la *urba*, ya que a partir de entonces podría pedirle a su madre que la llevase y/o la trajese de Majadahonda con más frecuencia y sin tener que recurrir siempre al tren de cercanías y a horarios sólo con luz de día. Para Elisa era el modo de escaparse, el sábado siguiente, a Becerril para ver a su abuelo Juan. Y, así, todos los sábados o domingos que Roxy estuviese con su padre, hasta conseguir que Juan le contase lo que ella necesitaba saber. O él pudiera recordar.

Llenaron el depósito en la pequeña gasolinera que hay junto a la plaza de toros y salieron a la M-30. Luego enlazaron con la M-40 y tomaron la salida de la autovía de Colmenar. Eran casi las ocho de la noche y aún era de día. La Sierra se dibujaba en el horizonte en un tono entre azul y verde, casi como el mar. El sol les molestaba por el oeste, a punto de caer por detrás de las montañas que arropan al Monasterio de El Escorial. Iban despacio, con las ventanillas abiertas, disfrutando de su nuevo instrumento de libertad. Roxy encendió la radio y buscó algo de música. Lo primero que apareció fue una emisora especializada en música clásica.

—Uy, no. Vaya casualidad —exclamó Roxy—. Voy a buscar otra emisora.

—No, no. Déjala, Roxy.

—Pero, mami, no me digas que te gusta.

—Sí. Me gusta. Déjala, por favor.

Estaba sonando la bagatela *Para Elisa*.

De regreso a casa, ya pasadas las diez, Elisa aparcó el New Beetle color chicle en la plaza de aparcamiento que le correspondía en el garaje de su edificio. Delante de ellas entró, y aparcó dos plazas más allá, un todoterreno azul oscuro,

impecablemente limpio. Elisa tuvo que realizar varias maniobras para dejar el vehículo bien alienado con las columnas, lo que le dio tiempo a Álvaro para llegar a su altura, justo cuando madre e hija salían del coche.

—Bonita elección, Elisa —dijo el vecino—. ¿Lo estáis estrenando? Hacía tiempo que no veía ningún coche en esta plaza.

—Sí. Es nuevo —respondió Elisa—. Bueno, de segunda mano —rectificó.

—Está genial —apostilló, con seguridad, Roxy, echándose la mochila llena de libros al hombro—. Y es superchulo —afirmó.

—Todo un clásico —añadió Álvaro—. Y el color es fantástico.

—Bueno, nos pareció divertido —se justificó Elisa.

—De vez en cuando hay que hacer alguna locura divertida que nos alegre la vida —dijo Álvaro, mirando con ensoñación el Volkswagen.

—Más que una locura era una necesidad —reconoció Elisa.

—Por cierto, Elisa, ¿averiguaste quién era aquel vecino que te despertaba tocando el piano a horas intempestivas?

Comenzaron a caminar hacia la puerta del garaje que comunicaba con el *hall* donde estaba la escalera y los ascensores. Roxy se adelantó y pulsó el botón de llamada.

—La verdad es que no he vuelto a preocuparme por eso —le respondió Elisa, tratando de quitarle importancia al hecho—. A veces lo vuelvo a oír, pero ya no me molesta. He debido acostumbrarme.

—Me alegro —dijo Álvaro, con sinceridad—. Espero que estés a gusto viviendo en esta casa. La verdad es que tiene muchas ventajas. Y ya sabes que, si te puedo ayudar en cualquier cosa, no tienes más que decírmelo.

El ascensor llegó y se abrieron las puertas. Entraron los tres.

—Pues puede que sí haya algo, Álvaro —respondió Elisa, sorprendiéndose a sí misma—. Hace poco he sabido que aquí, donde están ahora estos edificios, estuvo la Cárcel de Ventas.

Roxy pulsó el primer piso y miró de reojo a su madre.

—Efectivamente —dijo él—. Un tema apasionante. ¿Te interesa?

—Bueno, no especialmente. Necesito algo de información y lo que encuentro en internet es muy general, sin detalles.

—¿Tienes que hacer algún trabajo? ¿A qué te dedicas?

—Soy traductora y correctora de estilo *freelance*. Y no, no es por trabajo. Curiosidad, simplemente.

—Pues si quieres puedo ponerte en contacto con un colega mío, mucho mejor periodista que yo, por cierto, y que sabe bastante sobre ello.

—Ah, ¿eres periodista? —Elisa sintió que había acertado plenamente al preguntar a su vecino sobre el tema.

—Sí, pero ya sólo hago colaboraciones y escribo algún que otro artículo de opinión. Por eso trabajo en casa.

—Pues me tienes que decir dónde escribes.

—Lo haré.

—¿Y quién es ese periodista que me decías?

—Martín Manzanares. Ha escrito un par de libros muy documentados sobre las cárceles de mujeres antes, durante y después de la Guerra Civil. Uno de ellos específico de la Cárcel de Ventas.

—¿Y tendrías inconveniente en ponerme en contacto con él? —Elisa se sentía pletórica.

Se abrieron las puertas y salieron al rellano.

—Claro, cómo no, es mi hijo —dijo Álvaro, sonriente ante el gesto de sorpresa de Elisa—. Hablo con él y te digo algo. Aunque ahora está trabajando en un reportaje en Senegal, y no sé exactamente cuándo vuelve —hizo una pausa y añadió—: Pero, mientras tanto, te puedo dejar su libro sobre la Cárcel de Ventas. Espera un segundo que lo busco y te lo presto. Creo que sé dónde está.

Álvaro abrió la puerta de su piso con dos vueltas de llave, encendió la luz del recibidor y desapareció dentro.

—Pero, mami —le susurró Roxy a su madre, levantando graciosamente una ceja—. ¿De dónde te viene ahora ese interés por las cárceles de mujeres?

—La verdad es que tiene que ver con la última traducción que me han encargado —mintió—. Es un tema interesante. Ya te contaré.

—Un rollo —sentenció, Roxy, mientras abría con su llave la puerta del *piso de solteras* y dejaba a su madre sola en el descansillo, esperando impaciente al vecino.

Álvaro reapareció a los dos minutos sonriente y con el libro en la mano. Se lo entregó a Elisa.

—Perdona, no estaba donde yo creía.

—Muchas gracias, Álvaro —dijo Elisa, entusiasmada, mientras echaba una mirada rápida a la portada del libro—. Te lo devuelvo lo antes posible.

—Tranquila. Y cuando hable con mi hijo se lo comento y te digo algo.

—Estupendo. Bueno, pues, gracias de nuevo y buenas noches —se despidió Elisa.

—No hay de qué. Buenas noches.

Las dos puertas se cerraron.

Madre e hija se prepararon unos sándwiches de jamón y queso con todos los vegetales que encontraron en buenas condiciones en la nevera y después Roxy se tomó unas natillas de chocolate y Elisa un yogur. Ya en pijama y acomodada en la cama grande de la habitación de su madre, Roxy se dispuso a seleccionar un nuevo capítulo de la serie que ahora seguían con más entusiasmo: *Juego de Tronos*.

Quien no vea esta serie no está en el mundo, pensaba Roxy, convencida.

Le encantaba comentarla con sus amigas del instituto; tratar de aclarar las dudas que el intrincado argumento provocaba en sus seguidores. Con su madre lo solían debatir al día siguiente, mientras desayunaban, y, aunque no lo quisiera reconocer, eso, a ella, le ayudaba a verlo más claro; a comprenderlo mejor. Lo cual era importante para destacar en el grupo del *insti*.

Elisa salió del cuarto de baño, miró primero a su hija y después el libro que le acababan de prestar y que le esperaba sobre la mesita de su lado de la cama, bajo la luz de la lámpara. Había decidido no cogerlo aquella noche porque temía no poder cerrarlo una vez abierto. Ya había leído el título: *La historia olvidada de la Cárcel de Ventas*. Y el autor: Martín Manzanares. En la portada, simplemente una foto en blanco y negro de lo que pudo ser una galería de la prisión, vacía, tras unos barrotes en primer plano. Una imagen que ya empezaba a resultarle familiar. Elisa se tumbó en la cama junto a su hija y las imaginativas animaciones de los créditos de la serie se pusieron en movimiento. Roxy se le acurrucó apretando su joven cuerpecito al suyo.

—Relájate ahora, mami —a Elisa le sorprendió el comentario de su hija—. Ha sido un día muy bonito —añadió—. Ya empezarás mañana a leer ese libro.

Se estaba convirtiendo en una mujer, reconoció Elisa. ¡Tan pequeña! Y tan intuitiva. Sin saber nada lo percibía todo. Sólo con el contacto de su cuerpo lo había adivinado. La tensión de su piel, un temblor, un desvío de mirada, una duda disimulada... Su hija era un cielo y esa noche no tenía otra opción que obedecerla.

Terminó el episodio, apagaron el televisor y se entregaron al sueño. Ambas estaban cansadas. Había sido un día intenso de trabajo, estudio y emociones positivas. Y al día siguiente también debían madrugar. Elisa cerró los ojos y al instante siguiente, o eso le pareció a ella, los abrió sobresaltada. Sólo recuerda una imagen. La de una mujer joven con el rostro arrasado por las lágrimas. Está sentada en el suelo con la espalda apoyada en el cerco de una puerta. La chica está muy delgada, sucia y vestida con harapos. En su regazo protege y acuna lo que a Elisa le parece un bebé recién nacido, envuelto en un trozo de manta raída. Se acerca a ella y ésta la mira con la desesperación flotando entre sus lágrimas. Le muestra a su bebé suplicando su ayuda, pero Elisa ya sabe que está muerto. Tras la puerta abierta en la que se apoya la mujer hay un retrete infesto. Y en el suelo, un amasijo de pequeños cadáveres esperando su entierro. Cuando Elisa se despierta comenzaba el festín de las ratas.

Son las tres de la madrugada.

Elisa no sabe qué hacer. Si se levanta sabe que ya no volverá a dormir esa noche. Si permanece en la cama puede que se duerma de nuevo y entonces... Decide quedarse en la cama. Despierta. Al menos durante un rato.

No puedo coger miedo a dormir, piensa. Necesito descansar. Mi cuerpo lo necesita. Y no digamos mi mente.

Decide tomarse un Orfidal.

A la mañana siguiente, nada más salir Roxy por la puerta para ir al instituto, Elisa se acomodó en el sofá del salón y abrió el libro por el final. No era muy extenso. 369 páginas. Miró la hora en su móvil. Las nueve menos diez. Decidió que leería un rato antes de ponerse a trabajar, pero cuando volvió a mirar la hora ya era casi

medio día. Había devorado algo más de la tercera parte del libro y anotado en un cuaderno todo lo que había llamado su atención e indicado la página correspondiente. Se trataba de un libro prestado y Elisa no quería estropearlo. Pero si hubiese sido suyo ya estaría lleno de *post-it* y de anotaciones al margen. La cuestión era que necesitaba tener a mano las notas que creía importantes para repasarlas después. Y no olvidar nada, como tampoco olvidaba sus pesadillas.

Le había llamado mucho la atención el hecho de que, iniciada la guerra, los republicanos encerraron en la Cárcel de Ventas a las mujeres que apoyaban a los golpistas de Franco o, sencillamente, porque eran las esposas, hermanas y madres de estos. Y luego, terminada la guerra, ironías de la vida, las tornas cambiaron: salieron las mujeres adeptas al nuevo régimen y entraron las *rojas*, incluyendo a las esposas, hermanas y madres de los perdedores. Pero según avanzaba en la lectura, Elisa pudo comprobar, sobre todo por los testimonios de uno y otro lado, que la realidad de lo que ocurrió entre 1931 y 1941, espacio de tiempo investigado, analizado y narrado por Martín Manzanares en su libro, no era tan simple. Ni tan equilibrado.

Cuando se inauguró la Cárcel de Ventas en agosto de 1933, Victoria Kent ya hacía un año que se había visto obligada a dimitir como Directora General de Prisiones. Su corto mandato apenas le permitió iniciar lo que finalmente se convertiría en una utopía. Pero antes de llegar al límite infranqueable de lo imposible, fraguado en su caso por los numerosos y poderosos enemigos contrarios a sus proyectos e ideales, la famosa letrada consiguió dejar formada e institucionalizada la llamada Sección Femenina Auxiliar del Cuerpo de Prisiones. Así pues, en 1931 el Ministerio de Justicia convocó el primer concurso público, y a las aspirantes se les exigía «ser mayores de 27 y menores de 45 años, y tener conocimientos de cultura general, nociones de Gramática, Geografía, Historia y Aritmética, siendo preferidas las que presenten algún título facultativo o acrediten el conocimiento de algún oficio de especial aplicación a las actividades de la mujer».

Después de superar los exámenes iniciales las candidatas realizaron «un cursillo especial para adquirir los conocimientos para el ejercicio de la misión de asistencia cultural y educación de las reclusas» en los locales que ocupaba la

Escuela de Criminología en la Prisión Celular de Madrid, incluyendo la visita a distintas cárceles. Terminado el cursillo fueron los mismos profesores los que recomendaron al Ministro de Justicia quiénes debían ser las elegidas.

Se presentaron 101 aspirantes para las 34 plazas ofertadas. Y la plaza número 32 del escalafón correspondió a Rosa Herrero Díez, la bisabuela de Elisa, con un sueldo de 3.000 pesetas al mes. Tenía, entonces, 36 años.

Cuando Elisa encontró impreso el nombre de su bisabuela en el libro que tenía entre sus manos, el corazón le comenzó a latir con fuerza. Era la constatación de que, todo lo que hasta entonces en su familia habían sido solo medias palabras sobre vagos recuerdos, era real. Notó que le temblaban ligeramente los dedos al pasar a la página siguiente, pero ya no podía dejar de leer.

Las nuevas y bien preparadas funcionarias de prisiones fueron repartidas entre la Prisión Provincial de Alcalá de Henares, el Reformatorio de Mujeres de Segovia y las Prisiones Provinciales de Madrid, Barcelona y Valencia. Iban a sustituir a las Hijas de la Caridad que, hasta entonces, habían sido las responsables de la asistencia y vigilancia de las presas, aunque la dirección administrativa siempre había estado en manos de los Funcionarios de Prisiones como así seguiría siendo.

Pero, ¿dónde enviaron a Rosa?

La Cárcel de Ventas no estuvo operativa hasta 1933 y fue ocupada por reclusas que vinieron de la Prisión de Alcalá y del antiguo Convento-Cárcel de Quiñones de Madrid, conocido popularmente como *Casa Galera*. Al parecer, las condiciones de salubridad y deterioro de tan siniestros lugares eran tan absolutas que no tardarían en desaparecer. La mayoría de estas mujeres cumplían condena por delitos comunes, pero pronto empezaron a llegar las presas políticas. Y el espacio diferenciado creado especialmente para ellas en la Cárcel de Ventas comenzó a cumplir su función.

Eran tiempos revueltos, conocidos después como *El Bienio Negro*, y cuyo momento crítico se vivió, sobre todo, en Asturias, en donde la revolución socialista de octubre de 1934 consiguió consolidarse apenas un par de semanas, hasta la llegada del ejército. Hubo más de mil muertos y de dos mil heridos. Muchas mujeres socialistas, sindicalistas y simpatizantes del utópico ideal de equidad con

los más desposeídos, fueron detenidas, juzgadas y condenadas por unos jueces que las veían como vulgares maleantes y, en muchos casos, como violentas asesinas.

En febrero de 1936, las 500 plazas de la Cárcel de Ventas estaban ocupadas, y sin apenas diferenciación entre presas sociales y políticas. Pero los acontecimientos iban a precipitarse de forma incontrolada, inimaginable e inhumana. En las urnas ganó el llamado Frente Popular, una coalición de partidos de izquierda. Pero, como casi siempre sucede, estos partidos no llegaron a un acuerdo para formar gobierno y los incidentes violentos provocados por grupos extremistas de todos los signos se multiplicaron. Hasta mayo no asumió la presidencia Manuel Azaña, líder republicano, pero ya era demasiado tarde. El golpe de estado de una parte del ejército estaba decidido, planificado y a punto. Y sus responsables, entre los que se encontraba el General Franco, tenían una fecha: 18 de julio.

A los pocos días de comenzada la guerra, la Cárcel de Ventas se convirtió en la Prisión Provincial de Hombres nº 3. Y precisamente fue allí donde se produjeron las primeras *sacas* colectivas de presos para ser asesinados junto a vallas y cunetas del extrarradio. De los 2.400 fusilados en Madrid durante la guerra, en torno a 500 salieron de Ventas.

Las presas políticas izquierdistas y las presas sociales habían sido indultadas a raíz de la victoria en las urnas del Frente Popular, y las nuevas mujeres detenidas por ser favorables a los golpistas, fueron trasladadas a un viejo convento recién habilitado como prisión, situado en la Plaza del Conde de Toreno, tras la Plaza de España. Y allí fueron también, para seguir haciendo su trabajo, las Funcionarias de Prisiones que estaban destinadas en la Cárcel de Ventas.

Y Rosa Herreros Díez, ¿fue con ellas?

No debieron ser días fáciles los primeros de la guerra. Al parecer, leyó Elisa, sucedió un angustioso y legendario episodio en las puertas de la improvisada cárcel-convento. Un grupo de violentos milicianos se agolpó en sus puertas exigiendo que las funcionarias les entregasen a 16 mujeres de derechas, las llamadas *damas de España*, para llevárselas y ejecutarlas. Algunas funcionarias se opusieron con valentía, —¿sería Rosa una de ellas?, se preguntó Elisa—, pero lo

cierto es que fue la oportuna intervención del embajador de Noruega lo que impidió aquellos asesinatos.

Transcurrió un desconcertante, terrible y ardiente verano, y con el otoño, en noviembre, la Cárcel de Conde de Toreno tuvo que ser desalojada apresuradamente. El ataque del ejército golpista sobre Madrid se concentraba entonces en el lado noroeste de la ciudad y las bombas de los cañones no dejaban de caer. Y cada vez lo hacían más cerca. Así pues, las prisioneras fueron trasladadas de la plaza del Conde de Toreno al asilo de San Rafael de Chamartín, situado en el número 6 del, entonces, llamado Paseo de las Acacias, hoy Serrano, 199. Y allí estuvieron hasta que la guerra se estabilizó y alguien decidió el retorno a Ventas. Los presos varones que llenaban la Cárcel de Ventas fueron trasladados y repartidos por otros centros penitenciarios, mientras que las mujeres volvieron a ocupar las luminosas celdas de la flamante cárcel creada por Victoria Kent.

Y con ellas, las funcionarias. ¿Estaría Rosa todavía entre ellas?

Elisa se sentía ansiosa por ver aparecer el nombre de su bisabuela sobresaliendo entre las ordenadas líneas de la lectura. Ya habían sido mencionados los nombres de varias funcionarias por ser protagonistas de hechos relevantes. Y Elisa había tomado buena nota de ellos. Eran funcionarias que, en algunos casos, ya habían destacado por su militancia y trayectoria en partidos políticos de izquierdas, antes incluso de trabajar como funcionarias de prisiones. Una de ellas llegó a ser nombrada subdirectora de la Cárcel de Toreno y, al parecer, ejerció bien su labor, el tiempo que duró la estancia allí. Aunque siempre supervisada por el director, hombre, por supuesto.

Pero el nombre de su bisabuela no aparecía fuera del listado de las primeras 34 funcionarias tituladas.

Al poco de comenzar la guerra, fue creada la Consejería de Orden Público por la recién estrenada Junta de Defensa de Madrid. Y dicha Consejería no fue otra cosa que un mecanismo de persecución, represión y muerte. Miles de asesinatos indiscriminados, sin juicio, con nocturnidad y alevosía, se llevaron a cabo en los primeros meses de la contienda.

Elisa leía aquellos hechos, resumidos por el autor para ayudar a entender el miedo que se extendía por Madrid como un manto negro, imaginándose a Rosa

vigilada por las milicias, atormentada por la angustia y atrapada en una obligación infinitamente más estrecha que cualquier celda.

Y, mientras que los hombres, adeptos o simpatizantes de los rebeldes militares o, simplemente, de ideas conservadoras, así como creyentes, burgueses, ricos, nobles, religiosos..., eran perseguidos a muerte, las mujeres de derechas que habían hecho el periplo de cárcel en cárcel hasta volver a la de Ventas, recibían un trato bastante digno, dadas las circunstancias, a cuenta de ser canjeadas, llegado el momento, por prisioneros destacados leales a la República.

De hecho, llamó mucho la atención de Elisa el testimonio ofrecido por una mujer alemana afecta al Tercer Reich que estuvo encarcelada en Ventas, y del cual anotó en su cuaderno varios fragmentos:

«La impresión más fuerte que recibí al pisar la Cárcel de Mujeres de las Ventas era la limpieza exagerada de sus pisos, sobre los que no se encontraba la más pequeña partícula de polvo. Y sus muros de cal blanquísimos.»

«Una de las cosas que más nos agradaba era la circunstancia de no ser vigiladas por milicianos y sí por inspectoras, que tan buen aspecto tenían, envueltas en sus batitas *azul pavo*, que les cubría justamente hasta las rodillas (...). A estas damitas las teníamos que nombrar por *señoritas*.»

«Por lo demás, vi que todas las puertas de las celdas estaban abiertas y, por lo tanto, podían moverse dentro del edificio las detenidas. Para mí, este hecho era algo inconcebible, y sentí casi la alegría de una verdadera libertad. Hasta en el patio podíamos estar el tiempo que quisiéramos.»

«...se entretenían en hacer sus labores, leer o charlar. Uno de los lugares preferido por todas era una linda terraza. Entre las muchachas jóvenes se levantó una para mostrarme el interior de la cárcel. Primero llegamos a la sala de fiestas en la cual los domingos se celebraban funciones teatrales o conciertos ejecutados por las mismas prisioneras.»

«...y cuando los rojos tenían casi perdida la esperanza en la victoria creció la amabilidad del personal de la prisión en el trato con nosotras, pues querían asegurarse buenos certificados de conducta para cuando Franco entrase en la ciudad.»

El interés de Elisa por estos fragmentos era simple: le permitían imaginar a su bisabuela allí, físicamente, en su lugar de trabajo. La veía, con su impecable uniforme, caminando sobre suelos limpios y entre paredes blancas, rodeada de mujeres que se movían libremente dentro de los límites de las luminosas dependencias de la prisión de Ventas. Caminando en calma. Con el rostro serio, aunque sin poder ocultar la bondad en sus ojos. Contribuyendo con su presencia y preparación a facilitarles la vida a aquellas mujeres, prisioneras, la mayoría, por los injustos avatares de aquellos violentos episodios de la historia que les tocó vivir. Y no porque fuesen de derechas y Franco estuviese a punto de entrar en Madrid, sino, simplemente, porque eran seres humanos bajo su responsabilidad.

Lo que escribió sobre la Cárcel de Ventas aquella mujer alemana, una vez liberada y en su país, y unida a las filas del nacionalsocialismo, forzosamente tenía que ser cierto, dedujo Elisa. De lo contrario, si hubiese querido hacer campaña a favor del movimiento franquista, el relato construido sobre su estancia en la prisión madrileña habría sido un cúmulo de maldad, caos y trato inhumano para las víctimas de las hordas *rojas*.

Tenía que trabajar un poco. Luego se arrepentiría si no llegaba a tiempo con sus compromisos. Cerró el libro y los ojos. A un tiempo. Como si tuviese que dejar bien encerrado todo lo leído para no olvidarlo. Como queriendo hacer un punto y aparte, limpiar su mente y ponerla a trabajar en lo que le daba de comer. Antes de sentarse frente a su ordenador fue a la nevera y cogió una botella de agua. Bebió con avidez, agradeciendo su frescor en la garganta. Le pareció sentir que la información acumulada entre las circunvoluciones de su cerebro dejaba de retorcerse y se acomodaba para quedarse a vivir para siempre en ellas. Respiró hondo mirando al ventanal enrejado y encendió el Mac.

Pero lo que Elisa no sabía todavía es que, en su último pensamiento, ese cúmulo de maldad, caos y trato inhumano que podía haberse inventado la mujer alemana para hacer propaganda contra los rojos, fue, exactamente, lo que empezó a ocurrir entre aquellas blancas paredes cuando las tornas cambiaron y los Nacionales entraron en Madrid.